

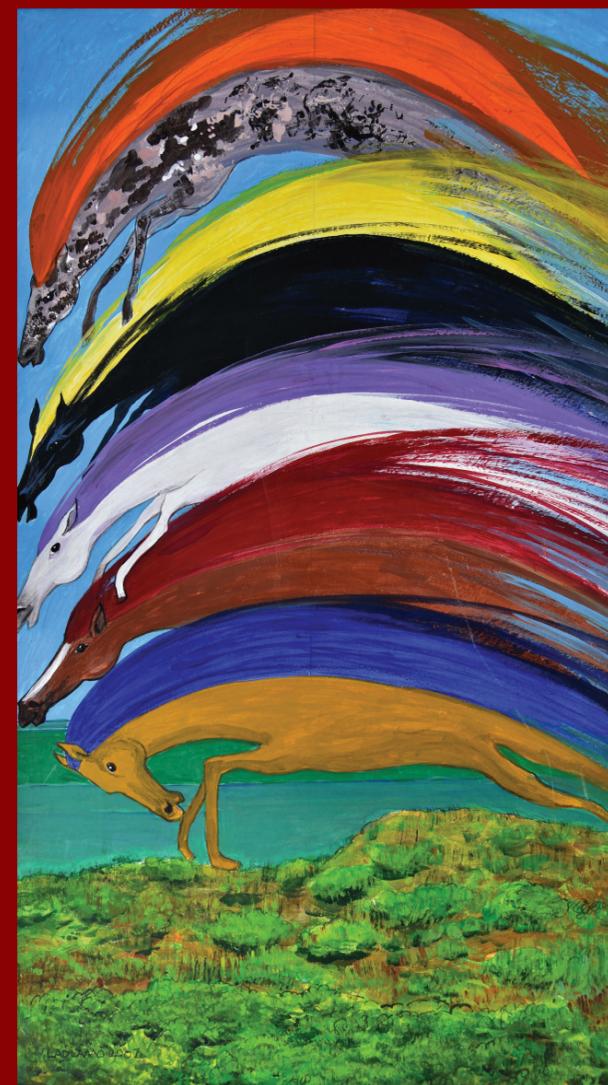
Pintura al óleo "Los Chávez", autor Lauro Aguilar de la Mora

ZARZO DE CUENTOS AL ROJO VIVO

JESÚS CHÁVEZ JIMÉNEZ

JESÚS CHÁVEZ JIMÉNEZ

# Zarzo de cuentos al rojo vivo



Archivo Histórico Pablo L. Martínez

50 ANIVERSARIO AHPLM



GOBIERNO DE BAJA CALIFORNIA SUR



GOBIERNO DE BAJA CALIFORNIA SUR  
MEJOR FUTURO



INSTITUTO SUDCALIFORNIANO DE CULTURA



ESTADOS UNIDOS MEXICANOS



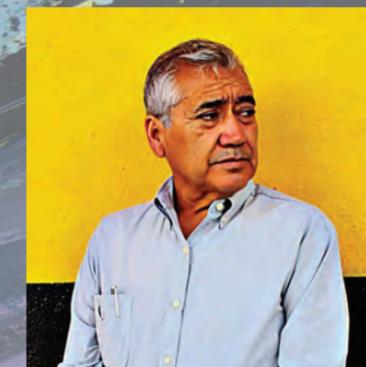
Archivo Histórico Pablo L. Martínez Baja California Sur

CULTURA  
SECRETARÍA DE CULTURA

ISBN 978-607-8609-10-9



9 786078 609109



## Jesús Chávez Jiménez

Es sudcaliforniano por adopción desde los cuatro años. Nació en septiembre de 1958 en Santa Bárbara Rodeo, Durango. Aquí, en el país de las espinas, Baja California Sur, realizó todos sus estudios. Es licenciado en Ciencias Políticas y Administración Pública y maestro en Educación. Ha sido catedrático conferencista del TEC de Monterrey. Estudioso del FUS (Frente de Unificación Sudcaliforniano), le fue publicado un estudio al respecto en la UABCS, al realizar una investigación sobre el periódico La Chispa. Es periodista por vocación, con 45 años activos en la prensa, radio y televisión. Es aficionado a la crónica literaria, al cuento moderno y a los versos poéticos. Obtuvo la distinción con el Premio Estatal de Calaveritas Literarias Dos de Noviembre 2016.

Zarzo de cuentos  
al ROJO  
vivo



Zarzo de cuentos  
al ROJO,  
VIVO

Jesús Chávez Jiménez

México 2018  
Gobierno del Estado de Baja California Sur  
Secretaría de Cultura  
Instituto Sudcaliforniano de Cultura  
Archivo Histórico Pablo L. Martínez

**GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA SUR**

LIC. CARLOS MENDOZA DAVIS  
*Gobernador del Estado de Baja California Sur*

MARÍA CRISTINA GARCÍA CEPEDA  
*Secretaria de Cultura*

PROFR. HÉCTOR JIMÉNEZ MÁRQUEZ  
*Secretario de Educación de Baja California Sur*

**INSTITUTO SUDCALIFORNIANO DE CULTURA**

LIC. CHRISTOPHER ALEXTER AMADOR CERVANTES  
*Director General del Instituto Sudcaliforniano de Cultura*

JOSÉ GUADALUPE OJEDA AGUILAR  
*Subdirector del Instituto Sudcaliforniano de Cultura*

**ARCHIVO HISTÓRICO PABLO L. MARTÍNEZ**

M.C. ELIZABETH ACOSTA MENDÍA  
*Directora del Archivo Histórico Pablo L. Martínez*

LIC. LUIS ALBERTO ROCHÍN BÚRQUEZ  
*Coordinador de Difusión del Archivo Histórico Pablo L. Martínez*

Primera edición, 2018  
D.R. © 2018 Jesús Chávez Jiménez  
D.R. © 2018 Instituto Sudcaliforniano de Cultura  
Archivo Histórico Pablo L. Martínez  
Altamirano e/Navarro y Legaspy, Zona Centro,  
C.P. 23000, La Paz, Baja California Sur

ISBN 978-607-8609-10-9

Prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta del contenido por cualquier medio sin la autorización escrita de los titulares de los derechos patrimoniales, en terminos de lo así prescrito por la Ley Federal del Derecho de Autor

Diseño y formación electrónica: Formas e Imágenes S.A. de C.V.  
Impreso y hecho en México

# Contenido

Prólogo	7
Cementerio del Golden City	9
Esta tierra que ves (Diez días de muerte)	14
El Elefante de oro	23
Sacrilegio	25
Misión perdida*	27
Carta al infinito	30
Cuestión de aviones	35
El último brindis	40
Semáforo en rojo	43
La trinchera	45
Torero	48
Amor canino, perro maldito	52
Cara de diablo	56
La otra guerra (El gran general)	58
Culichi	61
Hombres de ley	65

Severiana	72
Salmón salvaje (El presidente que dibuja)	85
El Estado soy yo	98
Las jornadas del hambre	107
El cafecito	111
La muerte del general	117
Don Gato	128
Tan enamorados	132
Ojos de jade	134

# Prólogo

*ZARZO DE CUENTOS AL ROJO VIVO* es un libro de relatos con el que el escritor Jesús Chávez Jiménez pretende desbordar la imaginación de sus lectores, desde la libertad creadora de la imaginación.

Chávez Jiménez toma el tiempo vivido, los sucesos cotidianos, las interpretaciones subjetivas de la imaginación –sus hondonadas y posibilidades lúdicas–, para darnos un recorrido por «esta tierra que ves» –Sudcalifornia–, mediante la dinámica de elevar a placer estético su material narrativo.

Su poder de simbolización va decantado en bellezas literarias, pasajes y mitos verdaderos, a través del lenguaje, a partir del cual aborda voluntades y dimensiones escriturales para captar, mantener y llevar a buen puerto, la causa del oficio sometido al dominio de las palabras.

Las realidades evocadas vía lenguaje son aquí tratadas como obligaciones cotidianas. El interés del autor radica en aguzar la experiencia para mostrarnos lo que piensa de nosotros mismos y de las relaciones humanas; de las pasiones. No son, pues, letras ingenuas. Al contrario. Chávez Jiménez –crononauta y mitógrafo empedernido– es ya un consolidado en el arte de la resignificación de las historias. Nos proporciona pistas para que sigamos los enigmas de las aventuras narradas en el presente libro.

Cuentos de amor y de muerte encuentra seres estancados en el engaño de la salud psíquica. Evidencia pensamientos y situaciones comunes, pero resignificadas desde la imaginación fabuladora y el arte de la palabra. Sus historias están estructuradas tal y como lo demandan los investigadores de la cuentística tradicional.

Jesús Chávez conduce sus relatos con felicidad, al soltarlos, en cuerpo y alma, para que deambulen por sí solos en el reino del lenguaje, por encima del uso cotidiano.

Privilegia leer a profundidad tanto sentido de existencia, intensamente imaginativo. Gracias a estas certezas es que la sensibilidad lectora nos permite elucidar los posibles lugares donde se encuentran mito, lenguaje y alegría, para salir de nuestro sofá en busca de desentrañar las sutilezas cotidianas. Al final, el lector, al igual que un buscador de tesoros literarios, saldrá a investigar, también, ese templo misional perdido en la aridez de la historia reciente. Sin saber que lo espera una [falta algún texto].

Enhorabuena.  
Juan Pablo Rochín

# Cementerio del Golden City

*Para Marthy Crawford,  
almirante de la Real Fuerza Naval,  
en memoria de su padre.*

ESE DÍA, 15 DE DICIEMBRE de 1890, en los astilleros de San Francisco, California, el almirante John Crawford tuvo una epifanía: «voy a morir pronto». Su corazón dio un vuelco, pero valiente como era, dijo hacia sus silencios: «que sea lo que tenga que ser». Clavó la mirada en uno de los cincuenta marineros que la empresa Golden Mining, le había entregado esa mañana. «Ese negro no me gusta –se dijo–. Tiene el rostro de la maldad». Tendría razón más temprano que tarde.

Al día siguiente, el dieciséis, Crawford emprendió una larga travesía a bordo del *Golden City*, un barco de manufactura inglesa. No era un barco cualquiera, en sus orígenes había sido construido como acorazado por la Marina Real Inglesa. Después de diez años fue comprado por el consorcio minero integrado por capitales ingleses y españoles, para trasladar oro de

San Francisco, California, a Puerto Vallarta, México. Habilitado con una amplia bodega que podía trasladar sin ningún problema 100 toneladas de carga. Su descripción somera de desplazamiento era de 1 770 t. de eslora, 68,58 m, manga, 10,97 m. y calado 4,42 m. Propulsión dos máquinas de vapor de doble expansión, cuatro calderas, dos hélices, potencia 2 500 hp, velocidad, 17,5 nudos, y una autonomía de 7 000 min. a 10 nudos. El *Golden City* era una nave hermosa e imponente. Y ahí, frente al timón, el gran almirante inglés, John Crawford, con una trayectoria sin par tanto en África como en América. Un lobo de los siete mares.

Ese día, a las seis de la mañana, Crawford dejó el puerto californiano, conduciendo magistralmente el *Golden City* en un viaje con duración de cincuenta días. Su destino final, Puerto Vallarta. Transportaba 75 toneladas de oro puro. El almirante pasó toda la mañana trazando su viaje. De vez en cuando levantaba la vista y veía en el horizonte esa hermosa ciudad, la que acogió como su hogar y en donde vivía su esposa Jocelyn, y su hijo, Marthy Crawford, de diez años.

Por la noche cenó, en compañía del contramaestre, cangrejos a la vinagreta, un troncho de salmón, y deliciosos espárragos. Una copa de vino y una intrascendente charla. A dormir. Plácidamente lo hizo, sin temores, sólo con el deseo de cumplir su misión: retornar a casa. Al día siguiente, la misma rutina. El diecisiete de diciembre, la nave, en su marcha incesante, pasó por Ensenada. Densas nubes cubrieron la ruta. Un frío brutal le caló los huesos a la tripulación. Crawford salió temprano, sólo un rato, de su cabina. Disfrutaba su té de manzana con canela. Observó las pequeñas casuchas que se levantaban en torno a ese puerto natural. Más adelante vio un grupo de ballenas grises que

seguían su misma ruta, en busca de aguas cálidas. El almirante pensaba en su esposa y en el pequeño Marthy. Aspiraba ese aroma único del viento: la brisa marina. Admiraba también el espectáculo de las ballenas en sus danzas amorosas y los sonidos que emiten, cual arpegios de una pieza musical de excelencia.

El día 22, lo mismo: paisajes, sonidos marinos, atardeceres esplendorosos, con la compañía silente de esa costa árida que es la Baja California y las imponentes islas de un Océano Pacífico legendario. Esa noche su presagio tendría la primea llamada. A las once tocaron la puerta de la cabina de mando. Crawford abrió con recelo y, frente a él, el cocinero German Lucas, acompañado del negro Thomas.

Desafiantes, lo encararon.

—¡Ya nos tiene hasta la madre esa comida que traemos! ¡No queremos ni cangrejos ni espárragos! ¡Queremos carne y quesos!

—Acepto el reclamo —dice el capitán, con elegancia—. Buscaré un puerto de abrigo y de abasto, y resolveremos el problema.

Todo volvió a la normalidad. El 23, víspera de Navidad, el *Golden City* entró con su preciosa carga a una zona de aguas turbulentas en el canal de San Pedrito. El zangoloteo del barco era normal, como a las tres de la tarde. Tranquilo. A las doce de la noche, los toquidos bruscos en la puerta.

«Otra vez este negro del infierno», pensó Crawford. El cocinero, ahora acompañado de los cuatro vigilantes del barco, soltó la noticia:

—¡Entréguese preso, capitán! ¡Vamos a quedarnos con el barco y con el oro! No ponga resistencia.

Al decirlo, los cuatro vigilantes lo amarraron de pies y manos. Lo ataron en la verga del *Golden City*. Toda la madrugada estuvo Crawford amarrado. El frío le traspasaba la ropa. «Este es mi destino –reflexionó el destituido almirante–. No puedo hacer nada contra este motín». Pensó en los suyos, en su vida, en sus honores, en sus días en la academia, sus paseos por París, por Luxemburgo, por la vieja, pero enigmática, Sídney. «Adiós –dijo con amargura–, adiós a los sueños de ver a mi hijo convertido en un almirante. Adiós a todo». Esas cavilaciones le alcanzaron hasta las seis de la mañana, cuando el portentoso *Golden City* se adentró en cabo San Lázaro. Ahí se le acercó la sombra oscura de Thomas.

—Lo asesinaremos antes de la cena de Navidad, capitán. Reorientaremos el rumbo y en Clipperton descargaremos el oro. Nos repartiremos el botín. Y se lo digo, capitán, para que no se muera con la duda.

—¡Maldito pirata! –gritó Crawford.

La carcajada inmensa de Thomas Jaques se alejó triunfante, pero no alcanzó a llegar a su camarote porque un fuerte estallido cimbró el barco. Empezó la verdadera tragedia. Fueron zaran-deados por una marejada tan fuerte, que la tripulación traidora no supo qué hacer. El cocinero habilitado como capitán en el motín, rodó por la cabina, salió despavorido y tropezó en la estampida. El negro Jaques pensó de inmediato en desamarrar al capitán Crawford, para que afrontara el momento de crisis. Nun-

ca pudo, porque un fuerte remolino se tragó el barco de un solo bocado. En pocos minutos el *City Golden* dejó de recibir la luz solar directamente, para ir a formar parte del cementerio marino en el fondo del mar. «Señor mío, bendice a mi esposa y a mi hijo, y apiádate de mi alma. *Padre nuestro que estás en los cielos...*»



Donde quedaron los restos del famoso *Golden City* es conocido como El Cementerio. Ahí se encuentran decenas de barcos de gran calado como éste. Las coordenadas exactas las sé, pero no las digo, porque en los últimos días se han presentado una serie de acontecimientos donde buzos diestros han incursionado en busca de las setenta y cinco toneladas de oro. El Instituto Nacional de Antropología e Historia ha hecho lo suyo, cuidando el sitio. Pero también sé que, en una casa de California, en Estados Unidos, hay una familia que...

# Esta tierra que ves (Diez días de muerte)

*El fuego prueba al oro;  
la miseria a los hombres valientes.*

—¡HIJO, MÁTALOS! ¡MÁTALOS! —ME DIJO el general.

Era el 17 de diciembre del 46.

—A esta gente tenemos que complacerla, ¿verdad señores?  
—añadió.

«Síiiii», se extendió la animada aprobación que salió de un grupo que estaba en el despacho de mi general, Plutarco Castrejón Díaz, jefe político y militar del Territorio Sur de la Baja California.

Eran como quince personas. Observé rápido los rostros cansados. Cómo no, si habían viajado más de diez días para llegar ante el general y clamarle justicia. Pedían la captura de los ase-

sinos de Miguel y su esposa Martha, dos de sus vecinos. Fueron acuchillados brutalmente. Sus cuerpos aparecieron en el centro de un pueblo del norte: las minas de Canipá. Ella con las manos cortadas y en su rostro una cruz; él, degollado, orejas cercenadas, el rostro desfigurado. Aquello fue la saña en vivo. A eso había que darle respuesta de inmediato.

Con la orden dada, vino el complemento:

—Ve con el Currucho, que te dé quinientos pesos para gastos. Dile al cabo Telechea que te asigne ocho acompañantes. Y algo más: si no matas *al* o a *los* responsables, no vuelvas. Te das por muerto.

No me extrañó la amenaza. Ya en otras ocasiones me la había dicho, pero nunca le fallé. Soy Lauro Palemón Sanguines, el matón de mi general. Debo más de treinta vidas, por órdenes, y una por mi cuenta y riesgo. Tengo treinta y seis años. Diez bajo el mando de mi general. Lo conocí en Sonora, luchando, aplacando a los bravos yaquis. Un día me vio pelear con tres soldados. No me rajé. Después de la trifulca mentada, me mandó llamar a su cuartel.

—¿Por qué peleabas, Palemón?

—Por usted, mi general —le contesté—. Esos hijos de su tiznada madre, dicen que usted no es general de veras, sino general «de mulas». Y pues, hay que lavar el honor, mi general.

Con eso tuve para que me aventara su pistola.

—Es una Luger nuevecita. Sin muescas. Te la regalo. Sácala con «huevos» y guárdala con honor.

Desde ese día, me gané su confianza. Me hice de mi pistola.



Primer día. Escuché los gallos cantar. Extendí la mano y toqué la cabeza de mi Micaela. Acaricié su pelo, me acerqué más y le di un beso. El beso de la despedida.

—Me voy— le digo, muy quedo.

Salí. Huelo la penumbra, aire frío de invierno. Llegué a las caballerizas del Palacio y ahí estaban: ocho pelados, arriba de sus caballos. Y dos bestias, avitualladas con lo necesario para diez días de camino.

—¡Vaaaamonooossss!

Destino: las minas de Canipá, a ochocientos kilómetros de distancia. Viven ahí más de mil familias que bajaron del Arco, Jesús María, Camalú; y otras más que subieron del Triunfo, San Antonio, La Purísima o San Ignacio, e hicieron ahí su Dorado Calisureño. Explotaban el oro de todas las formas y con todas las inteligencias posibles: tanqueros, en los grandes arroyos y, con pico y pala, a cielo abierto.

Nos fuimos al mediodía. Dejamos atrás La Paz y subimos por Los Filos. Hay un camino que persigue a los oasis, donde las frutas frescas. Cas, cas, cas, nomás se escuchaba, las patas de los

caballos. Los rancheros de La Soledad salían asombrados al ver la caravana. Saludaban con recelo, porque saben que somos los hombres del general y cuando salimos, no es para rezar el rosario, ni de procesión del Niño Dios, sino para cazar a alguien o algunos. Siempre que pasaba eso, se aplicaba el soberano código de mi general: la muerte. No hay mejor rehabilitación para un forajido o asesino, que eso. Al menos así dice mi general.

Cae la tarde. El cansancio nos gana. Paramos en San Pedro de los Machetes. A Carlos Villarino, uno de los viajeros, lo habilité como mi asistente personal. Se encargaba del tendido y también de la cena: un pedazo de carne seca y un té de damiana sin colar.

Antes de cerrar los ojos se me desamarran los recuerdos. Veo a mi madre en esa vieja casa de palma, en Santiago, comiendo chimangos con canela. Escucho a mi padre hablar con los caballos. Ella fue la cocinera del gran general Francisco J. Múgica, el constituyente, y mi padre su caballerango. Fui un niño feliz, pero con un destino fatal.

Mi primer crimen no lo puedo olvidar. Fue a don Prisciliano, el boticario. Lo maté por abusón. Humillaba a la gente que le pedía fiado por necesidad. Además, por burlarse en público de mi madre. «Esa que va ahí, es la gata de mi general», dijo el desdichado. Entonces, a mis veinte años cumplidos, saqué mi pistola y lo maté. La primera muerte te duele, suena bofa en tu conciencia, te quema las manos, te huele a pólvora la vida. Cuando duermes escuchas vocecitas que te revolotean y te llaman. Te preguntan: “¿Por qué me mataste, Palemón? ¿Por qué me mataste?”



Dormir en San Luis Gonzaga fue un placer. Y otra vez al camino. En mi cabeza retumbaba la voz aguardentosa de mi general: «¡Hijo, mátalos, mátalos!». Ese mandato maldito había que cumplir. El resto de los diez días, hacia las minas de Canipá, fueron para mí inolvidables. Lo fue porque en la sórdida lucidez de mi labor de matar, abrí la mente y el corazón a la naturaleza. Este trozo de península tiene las más grandes bellezas inexploradas. Se extasían los sentidos al ver los hermosos oasis de las Sierra de Guadalupe y de la Giganta. Saborear el agua de esos cristalinos manantiales que bañan el desierto. Tomar todo esto y mucho más como el ver cómo la brisa sube los extensos cañones por los cuales emanan sonidos. ¿Voces, quizá? A lo mejor son los lenguajes de la naturaleza que quieren subyugar al hombre.

«Es esta tierra que ves, Palemón».

No vamos solos en esta interminable procesión hacia la muerte, nos acompañan cardones, güeribos, sauces y palmas, que fugazmente pasan ante nuestros ojos. Cruzamos pueblos tranquilos que luchan por su vida: Agua Verde, San José de La Noria, San Gregorio, Guajademí, Rosario, El Potrero, La Huerta, San Matías, Santa Cruz, La Cueva Colorada, Loreto, Mulegé, Santa Rosalía, San Ignacio y otra vez hacia arriba, El Patrocinio, Rosario. Al fin, después de diez días de camino y cruzar todas esas comunidades y todas esas sierras misteriosas frente a nosotros, desde una planicie calichosa, divisamos las famosas minas de Canipá. Miro a mi gente y observo sus ojos alegres por llegar. Unos traen hambre, otros, frío, pero yo traigo el latido de la muerte. Se me acelera el corazón de pensar en el momento de darle cumplimiento a la orden de mi general: «¡Mátalos!».

Entramos a ese nuevo pueblo. Todos nos miran, nos observan. Unos con miedo, otros con coraje. Algunos con duda. Son el revoltijo de pasiones que despierta ese doble crimen de dos fundadores de esa comunidad, los más queridos, los más sentidos. Muertes, que como dijo mi general, no quedarán impunes y a eso vengo. A matar *al* o a *los* criminales.

La noche en que llegamos, nos instalamos en el patio de una cuartería. Al amanecer sentimos la presencia de dos personas. Eran dos ancianos. Se presentaron:

—Somos gente de fe. Venimos a ofrecerles morada y comida. Queremos sumarnos a las investigaciones. No estamos contentos con la muerte de Miguelito y su señora.

Después supe que él se llamaba Arcadio Sarracino y ella Rosario Aguilar. Eran a simple vista dos ancianos bonachones, agradables, tenían jáquima de gente noble. Les agarramos la palabra y nos instalamos en su casa. Una finca amplia, de adobe, mezclada con carrizos y palma. Una sombra extensa albergaba el comedor. Ahí comimos esos quince días que duramos en las investigaciones de ese cobarde crimen. La mesa era generosa: carne de borrego cimarrón, caguama, almejas, mero en escabeche. Nunca se me olvidará la sopa de garambullo, ¡sabía a dioses!

Empezamos a trabajar. Fuimos al lugar de los hechos. Pegado a un almacén, en el mero centro del pueblo, estaba todavía el charco de sangre. Mis muchachos, unos con amplio conocimiento en crímenes, opinaban.

—Hay mucha sangre.

—Se dice que cuando esto pasa, siempre caen los asesinos.

Esa era mi esperanza. Pero no. Nos equivocamos. No encontramos pistas. Quince días de desesperación, de nada. Seguimos todas las huellas, todas las interrogaciones. Desplegué a los muchachos a comunidades cercanas. Nada, infinitamente nada. Cada hora que pasaba me sentía más muerto.

—Señores, yo Lauro Palemón, tengo miedo, mucho miedo. El general me matará. Siento el miedo en las corvas, en mis manos, en mi cabeza. Tengo miedo.

Y otra vez nada. Mis hipótesis estaban copadas. Mis apuntes, vacíos. Mi pistola sin usar. Mi cuchillo, un verduguillo, regalo de mi padre, limpio. Mis croquis, sin rostros.

«Vaya, ni un méndigo retrato hablado».

Es el final; pero, espérense tantito, quiero narrarles la despedida.



El día quince de nuestra estancia lo di franco a los muchachos. Me despedí de esos nobles ancianos que se hicieron, sin que nos diéramos cuenta, parte de nosotros. Tomé el último desayuno con ellos: machaca de res, café negro (muy negro). Y unas tortillas de harina, calientes y doradas.

—Nos vamos— les dije.

—¿Encontraron algo? —preguntó la señora, Rosario de nombre, la santa viejecita, la de manos mágicas para la cocina.

—¿Quedaré impune? —preguntó Arcadio, un hombre maduro, curtido por el sol y el calor de esa marisma de Canipá.

Los dos permanecían sentados, muy juntos, tomados de la mano. Confieso que sentí vergüenza reconocer que había fracasado, que el gran matón, Lauro Palemón, se iba con las manos vacías.

—Adiós —les dije.

Pagué los servicios. Pedí otra taza de café negro. Antes de darle el último trago, levanté los ojos, buscando un cielo para pedir clemencia. No lo encontré; pero vi algo que me cimbró: encajadas en la palma del techo de la cocina estaban dos guaraches de piel, llenos de sangre. No dije santo. Con esa frialdad que, dicen, tengo en mis ojos de matón, los clavé en Arcadio.

—¿Por qué Arcadio?

«¡Mátalos, hijo. Mátalos!»

—Para robarles sus veinte monedas de oro.

«¡Mátalos, hijo. Mátalos!»

—¿Por qué tanta saña, doña Rosario? ¿Por qué esa cruz en el rostro, marcada con el cuchillo?

—¡Porque no creían en Dios! ¡Eran unos herejes!

«¡Mátalos, hijo. Mátalos!»

Fue todo.

No lloraron; no clamaron perdón.



Vamos de regreso, desdoblando esos momentos en la vuelta. No hablo con los muchachos. Voy solo. En mi cabeza voy escuchando una canción infantil que me cantaba mi madre:

*Caballito Pony  
dime adónde vas,  
voy con Palemón  
a tomar champán,  
voy con Palemón  
a tomar champán.*

# El Elefante de Oro

TODA LA FANTASÍA SE DESBORDA cuando se habla del Elefante de Oro. Dicen los que saben del tema que pesa casi siete kilos del más alto quilataje. La trompa hacia abajo es augurio de buena suerte. Una faja de diamantes de cincuenta puntos lo circunda.

La última vez que se le vio fue en las playas de San Roque, cuando Cipriano Rojas lo encontró. No le duró mucho el gusto porque después del hallazgo, tras la algarabía, llegaron a su palapa dos asiáticos que le dieron muerte al infeliz afortunado. En el latrocinio, no sólo se llevaron una jaba donde estaba el elefante sino, también, dos preciosas caguamas cebadas que estaban en la pileta.

Dos días después los habitantes de Punta Prieta encontraron pedazos de caguamas y restos de dos tipos, amarillos, ojos

de avellana, vestidos a la usanza china. El hallazgo resultó un horripilante escenario.

Pero del Elefante de Oro, ni sus luces.

Hace un lustro, un biólogo que trabajaba en el Centro Regional de Investigaciones Pesqueras, platicaba, en sus borracheras, que un día, en Bahía Tortuga, lo divisó en la Playa. Pero que al bajar de la lancha ya no lo encontró.

Un año hace, para ser exactos, que un viejito de Guerrero Negro me contó la historia del valioso elefante. Un día se la cuento. Verdad de Dios que sí.

# Sacrilegio

EN LAS INMEDIACIONES DEL ARROYO El Cajoncito apareció un cadáver. De entre dieciocho y veinte años de edad. Pantalón de mezclilla y una camiseta descolorida, con la leyenda: «Chóforo Salido para gobernador». Tenía el rostro desfigurado como con garras de bestia africana.

En la autopsia se reveló que antes del desfiguramiento había ocurrido una cadena de pequeños infartos cerebrales, mismo que lo condujeron a la muerte, por necesidad. Según la rúbrica al calce del legista en turno.



Por ahí de las doce de la noche, Pedro pasó acompañado de sus amigos frente al famoso restaurante María Sudcalifornia.

Afuera, en el tronco de un viejo sauce, había una Virgen María, empotrada.

—¡Me la robo porque me la robo! —dijo el chamaco a sus compinches.

—¡Cálmate, cabrón!

—¡Estás loco! ¿Para qué la quieres? —dijo el más cuerdo de la banda.

Pero la suerte del raterillo ya estaba echada. Con un pedazo de fierro la despegó y se la echó a la espalda, cargándola como un Pipila guadalupano. De los otros nomás se oyó la carcajada.

Al dar vuelta en la primera esquina de la cuadra, de las penumbras una voz les sacó un pedo:

—¡Quihubo, hijos de su reputa madre! ¿Qué traen allí?

¡Patas para qué las quiero! Los acompañantes corrieron despavoridos. Atrás dejaron las suertes del sacrílego raterillo. Nomás escucharon gruñidos y ayes de terror.

De cómo llegó el cadáver al arroyo, aún no se sabe, pero en ese viejo sauce todavía sigue el hueco triste donde estaba la virgencita.

# Misión perdida\*

*Para mi amigo  
Juan Pablo Rochín,  
crononauta, mitógrafo empedernido.*

Nota del copista. El presente texto es un fragmento de la bitácora encontrada por un ranchero en las inmediaciones del poblado La Purísima, documento perteneciente, al parecer, a una exploradora de nombre Mine Tōdō.<sup>1</sup> La última fecha inscrita data el día seis de febrero de 2009. El original puede ser revisado en el AHPML. Está en muy mal estado de conservación.

[...] NADIE SABE DÓNDE ESTÁ la misión perdida de los jesuitas. Miles dicen que se encuentra en las mentes susceptibles. Algunos pocos, según yo, sabemos que existe. Voy en camino a la historia.

Durante la influencia de la Iglesia, en las nuevas provincias de América, proliferaron los bienes y la reputación de algunas órdenes religiosas. Lo cierto es que, entre la misión de Guadalupe y la misión de La Purísima, en triángulo con la comunidad de San José de Gracia, Mulegé, se levantó una misión enigmática que, de ser cierto, podría sacudir el entendimiento de los escritores de la historia reciente.

A principios de 1700 Antigua California tuvo un exitoso segundo intento por colonizar la diaria barbarie del país. El triun-

<sup>1</sup> Nombre femenino, que en japonés significa, Mine (protectora) Tōdō (del salón o del templo). N. del C.

fo definitivo de la evangelización de las Californias permitió, a la Corona española, levantar varios edificios misionales. Uno de estos santuarios, empero, muy criticado por aquellos entonces, según confesó el padre dominico Joshep Woodehouse, en sus *Relatos definitivos sobre la geografía, conflictos y sucedidos en la isla [del reino de California]* [falta algún texto].



[...] Un escribano de la Real Compañía del Presidio de Loreto, Francisco José, previno a huestes de expedicionarios aventureros que durante décadas peinaron [falta texto], a menudo en busca de una fuerza extraordinaria que se encontraba velada dentro de las paredes de la singular misión, según testimonios oficiales. Los hombres menos capaces perdían la racionalidad debido a la fosforescencia nocturna de los santos que resguardaban el templo, presos, enseguida, de un estado de pasión desbordada con tendencia a inmolarse, algunos desde lo alto de la torre de la campana; otros caminaban rumbo al desierto, hacia la nada. Por lo regular, quienes se arriesgaban atrevidamente desoían los consejos que les garantizaban no acabar como un dato más que los cuantificara desaparecidos en el desierto de la desesperación, de regreso a casa, sin dejar rastro.

Existen escuetos registros que, en su momento, fueron expuestos por los dos cronistas, descritos antes en mi primer volumen, ambos desaparecidos de súbito en épocas diferentes. Se supone que son apócrifos, pues los informes originales también se extraviaron de los archivos de las Provincias de las Indias Americanas. Cosa rara. Pues bien, se especula que la Iglesia<sup>2</sup> en

<sup>2</sup> N. del C. (Se refiere a la misión).

cuestión, se situó frente a un arroyo. Otros investigadores aseguran estaría en un extenso llano, en las cercanías de la costa Pacífico Norte. Ninguno ha conseguido ubicarla con precisión. Se sabe que caminadores experimentados han trabajado demás en la región, incluso con la herramienta tecnológica del Google *earth* más avanzada, sin encontrar la zona exacta. Hasta hace una semana, el lugar era un absoluto misterio. [...]



[He] localizado las coordenadas [falta texto], vestigios rocosos [falta texto]. Mientras exploro me llegan mil cuestionamientos, ¿dónde quedó esta gente? ¿Quién escondió un templo tan enorme? ¿Qué vieron los primeros cronistas? ¿Por qué [falta texto].

N. del C. Hasta aquí lo más significativo de lo relatado en la bitácora. Según historiadores contemporáneos, ninguna Mine Tōdō aparece en registro alguno, a la fecha, ni como turista ni como investigadora. No obstante, un grupo expedicionario salió hace trece días, provistos con equipo anti irradiante. Aún esperamos noticias del contingente. Las ascuas nos tienen en vilo.

# Carta al infinito

*Para Arturo,  
de los pocos amigos que me quedan.*

SOY SANTOS PÉREZ, Y YA no aguanto: traigo una granada mental que me quiere estallar. Ahora soy un ciudadano a conveniencia, por lo que en estos momentos mis recuerdos están en subasta al mejor postor.



Todo empezó cuando pasé por ese pueblo, largo, añoso y árido, donde los árboles se esconden con vergüenza y donde su majestad es el polvo. Ese día no lo borro de mi mente: tuve mi primer amor. Ella no tiene la culpa, la excuso. Yo fui el que me enamoré, pese a todos los vaticinios de mi madre.

—Es rica, ni te acerques. ¡Por todos los poderes de San Martín Caballero, no te le acerques, mijo!

Eran las voces plañideras de una madre temerosa. La desoí y me atrapé en las redes inexpugnables de mis fantasías. No quise ver más allá de la nariz. La vida había establecido sus límites: de casa a la escuela; de la escuela al jardín, para verla llegar.

Mi vista también puso fronteras. Sólo la miraba a ella. Perdón, no se las he presentado. Se llama Beatriz Chavarría. Era una niña, estábamos en quinto año, con el profe Cuco. Se sentaba en la tercera fila, yo en la cuarta, a dos metros de distancia. No me importaba la lejanía, porque la sentía cerca, hasta imaginaba oler su perfume de Avón, del envase de durazno. Ah, qué fragancia.

Una mañana decidí ser su novio.

Arturo, mi amigo, me animó.

—¡Cáele, no pierdes nada! Total, ya te tiene todo menso. ¡Llégale!

No me animé. Sólo le decía cosas con la mirada y ella me las respondía. Se lo dije con mis ojos. Ella me regresó la mirada con esos ojos verdes. Verde mar, verde valle, verde inocencia. Así estuvimos todo el quinto año. Al sexto, antes de Semana Santa, no aguanté más y a la hora del recreo le hablé.

—¿Quieres una jícama con chile?

—Sí —dijo, y fuimos al carro de don Genaro.

—¿Ella es don Santos? —me cuestionó con malicia el hombre, y una exquisita sonrisa. Era nuestro confidente y abastecedor

de golosinas, además de surtidor de los mejores consejos que puede uno llegar a necesitar en el mañana.

—Ella es —respondí, avergonzado—. Es Beatriz.

No dijo más, sonrió y se nos quedó mirando. Yo seguí en lo mío. Me la llevé al jardín. Ahí le hablé de amores.

—No podemos ser novios —respondió—. Somos muy chicos. Además, tú eres pobre, y yo soy rica... ¡Pero, podemos ser amigos!

¡Vaya! Un premio de consolación. Y lo fuimos, todo el sexto año.



En junio, el día que entregamos la foto para el certificado, se me acercó enfrente de todos, casi en la nariz del profe Raúl, y me dio una foto.

—Es para ti. Está dedicada.

La agarré y parecía que me quemaba. Llegué al mesabanco y la vi. La volteé, leí la dedicatoria. «Para mi novio, Santos Pérez. Verano del 198...»

Me saltó el corazón, y las lágrimas empezaron a resbalar. Salí hecho la mocha del salón. Estuve un buen rato solo, pensando, hasta que llegó Arturo. Le conté de mis suertes.

—Mándale la tuya —aconsejó—, ponle que la quieres.  
¡Aprovecha!

Lo hice. Y fuimos novios. La noche de la graduación, bailamos una tanda. Y se despidió de mí.

—Nos vamos a Estados Unidos. Mi padre venderá algodón en San Francisco. Pero me llevo tu foto. Y tú tienes la mía.

Se fue, pero retornó pocos días antes de entrar a la secundaria. Otra vez las miradas. Y otra vez a caminar juntos hacia su casa.

Hasta ese día maldito.

Un lunes negro de abril recibí un recado: «acompañame a casa». En el camino me tomó de la mano.

—Abrázame fuerte, fuerte —me dice—, y dame un beso. Esta es la última vez que me vas acompañar. Ya no seré tu novia. Eres pobre y mi padre no quiere saber nada de ti.

El mundo me cayó encima.

De pronto sentí cómo me fui en bajada de ese paraíso terrenal. La ira me ganó. No quise abrazos, no quise besos, no quise premios de compasión.

Ese día me morí.

En mis estertores conseguí que me cambiaran del B, al grupo A. Después me fui de mi pueblo. En mis agonías me dediqué a muchas cosas en Tijuana. Hoy vendo carros en una yarda, en la ciudad de La Paz.

Un día, hace muchos años, la vi en la sección de sociales de Novedades de México: el jet set anuncia la boda de Beatriz Chavarría con Óscar Riveroll.

Por eso, cuando paso por ese pueblo, donde la conocí, además del suspiro, huelo su perfume, veo esa sonrisa, siento esos brazos que se extienden y que no abrazan a nadie, porque no hay nadie. Sólo hay olvido y lejanía.

Aún oigo las palabras de mi madre: «no te le acerques, mijo. No te le acerques».

Pero la verdad es que ya no aguanto. Por eso aquí les dejo esta granada sin seguro, para que se la lleve el mejor postor.

# Cuestión de aviones

A MÍ, LO QUE SE refiere respectivamente a mí, no me anden con cuentos. Yo sé todo lo que pasa en los aviones. Por eso me da miedo volar.



Había llegado temprano al aeropuerto de Frankfurt. De ahí viajé a Roma. Tres horas de vuelo. Lo hice por Lufthansa. Nunca vi algo como ese día. Todo comenzó como a las once de la mañana, en la zona de embarque. Llegó un pasajero misterioso. Al menos así me pareció: de barba, una camisa blanca con un caballo pintado a un costado. Abajo de la cintura, una cangurera.

—Desabróchesela —solicitó el agente de los rayos equis—, por favor, ponga en esta caja su contenido.

—¡No me la quito y no me la quito! —negó el tipo, con coraje.

Su exaltación no me gustó, ni al resto de los pasajeros. Paramos oreja. Lo iracundo del sujeto amainó cuando llegó una supervisora.

—Señor, se trata de reglas —explicó amablemente—. Tiene que vaciar aquí su contenido. Si no lo hace no podrá viajar.

Por fin el barbón aceptó. Abrió la bolsa, dejando caer su contenido: un crucifijo cromado, puntiagudo. También unas monedas, una pluma y una libreta para escribir.

—¿Lo ve? —dijo la supervisora—. No pasa nada. Ya puede abordar.

Todo en paz.

Pero yo no. No me tragué el cuento. El barbón me dio mala espina. En fin, abordamos. Para mi mala suerte me tocó de compañero. Él en el uno b, y yo en el pasillo, uno c.

Las aeromozas eran muy guapas y piernudas. Unos ojazos que para qué les cuento.

El avión, un Airbus 320, despegó cómodamente. Silencioso. Suave el ruuummm de los motores, normal. Kathy, la aeromoza, me regaló una sonrisita. Le respondí de igual forma.

«Creo que me estoy enamorando».

—¡Mi crucifjooo! –gritó mi vecino, a todo pulmón—. ¡Yo quiero mi crucifjooo!

El berrido nos asustó a todos.

—¿Qué pasa? –preguntó *mi* Kathy—. ¿Por qué ese grito?

—¡Yo quiero mi crucifijo! ¡Yo lo quiero!

*Mi* Kathy se inclinó un poco y, de reojo, vi sus hermosos muslos; pero me dio coraje porque apapachó al gritón.

—Dígame, señor, ¿dónde está su crucifijo?

—Está en mi maleta, arriba. Bájemela, por favor. Yo no viajo sin mi crucifijo.

«¡Maldito maricón!», pensé.

Ella corrió y trajo la maleta. El sujeto, casi sollozando, agarró el mentado crucifijo. Le eché una mirada de odio.

—Perdón –se justificó–, pero siento necesidad de tenerlo conmigo.

«Ahí muere el tema», me dije. Empecé a dormitar. Más tarde desperté cuando *el barbas* se puso de pie, agarrado de su crucifijo, me pidió permiso para pasar al baño. «Pásale, loco», quise decirle, pero rápidamente se metió al baño. Escucho que cierra la puerta. Seguí en lo mío: tratar de dormitar.

El capitán hizo una broma —de mal gusto— acerca de los romanos, desde el audio de la cabina. Continué observando a las azafatas. Se cambiaban de zapatos. Se pusieron mandiles. Les dan un pellizco a unas sobras de lasaña. *Mi* Kathy jugaba con unos popotes como si fueran palillos de comida china. Me hizo gracia. El tiempo siguió. Al rato salió el piloto, con ganas de entrar al baño.

—Disculpe, capitán —gritó *mi* Khaty—, está ocupado.

Como era el único sanitario, se tuvo que esperar. Media hora. Cuarenta minutos. El barbón no salía. Se le formó cola. Seis en fila: el capitán, dos viejecitas, dos jóvenes y otro señor. Unos movían las piernas y las manos. Otros gruñían con desesperación. Cincuenta minutos. La cola se disolvió sin más. El piloto tuvo que regresar a la cabina.

*Mi* Kathy se me acercó:

—Oiga, ¿qué pasa con su *amigo*? —reclamó, con tono agresivo—. Ya se tardó demasiado.

—¡No es mi amigo! —me encabroné—. ¡Tóquele usted!

En eso estábamos cuando escurrió por el pasillo un arroyuelo de sangre. El grito despavorido de la azafata (nótese que ya no digo *mi*) se escuchó en toda la nave. Corrió como loca rumbo al baño.

Ahí estaba el pinche barbón. Con el crucifijo ensartado en la garganta. En un rincón, en el anverso del pase de abordar, había unas letras en hebreo antiguo: *Jesús volverá*.

Me dio miedo, sí. Me da más cuando huelo ese aroma a Van Cleef & Arpels, el mismo que roció Khaty por todo el avión.

La pobre lo hizo en vano porque ese olor de muerte nunca se borra.

Por eso, en cuestión de aviones, yo no sé nada.

## El último brindis

*Para quienes han tenido el valor;  
incluyendo a mis seres queridos.*

JUAN LLEGÓ A LA TIENDA Ley, de la Cinco de Mayo. Entró y disfrutó el frescor del aire acondicionado. «Aaahhh, qué rico», se dijo en voz media. El guardia parado enfrente de la tabaquería se le quedó mirando. «¿Y éste?», dijo también en voz media. Juan ni cuenta se dio del mohín. Se adentró al enorme almacén. Recorrió casi todos los pasillos. «*Galletas para diabéticos*, no, eso no quiero». «*Burros para planchar*, tampoco». Sus ojos se achisparon cuando llegó al departamento de baños. «Ahí está lo que buscó». Tomó una botella amarilla con una calavera pintada: era ácido muriático. Un litro. Siguió su recorrido. Del refrigerador que se encontraba en uso, entre la caja siete y la nueve, tomó una botella de agua fresca de melón. Se metió la mano a uno de los bolsillos del pantalón y sacó cincuenta pesos.

—¿Desea redondear? Le sobran cincuenta centavos.

—Oiga, ¿para quién es el redondeo?

Creyó escuchar *para un nuevo jet del señor Chino Ley*.

«Adelante», dijo él. Afuera, el clima está a la inversa; el calorón le abofeteó el rostro. «¡Ay, chinga'os!», exclamó. Así se fue a la parada de los peseros, a esperar el suyo. Los Olivos y La Rinconada. Ahí viene. Su semblante había cambiado. Iba triste, cabizbajo. Es más, no le importó que el chofer fuera hablando por celular mientras manejaba.

—Te quiero, mamacita. Ahí te caigo, en cuanto entregue la burra.

El rostro de Juan se tornó pálido. Le empezaron a sudar las manos. Al pasar por la calle Padre Kino gritó con todas sus fuerzas:

—¡Bajaaannnn!

—¡Ay, cabrón! —reaccionó el chofer, dejando el teléfono, a regañadientes, para darle el jalón al cable que abrió la puerta.

En la Javier Mina, esquina con Reforma, se bajó, con sus dos pequeñas bolsas. Sacó la llave de su casa, la cual pendía de un llavero de baqueta con la leyenda *Viva Tlaquepaque*. Entró. En el fondo de la sala estaba una mesa con mantel tricolor, alusivo a las fiestas patrias. Al centro una copa champañera vacía. Sacó ambas botellas. Mezcló los contenidos. El color del agua de melón se tornó amarillo. Listo. Juan fue al tocadiscos, colocó un LP, de Juan Valentín. Escuchó de pie la primera canción: «La que se

fue». Se sentó, inclinó la cabeza e hizo una oración en silencio. Cogió la copa y la alzó al infinito:

—¡Brindo por el amor, aunque me ha abandonado!

Dio un sorbo gordo.

—¡Brindo por mi trabajo, aunque me hayan despedido!

Dio otro sorbo.

Apenas sintió el desgarrón en la garganta y estómago, levantó de nuevo la copa:

—¡Brindo por Dios, que nunca me abandonó!

Sorbió por vez postrera.

En el ambiente, la voz bravía de Juan Valentín seguía cantando sin interrupción:

*Camino de Guanajuato  
que pasas por tanto pueblo  
no pases por Salamanca  
que allí me hiere el recuerdo.*

## Semáforo en rojo

LA NOCHE ERA MÁS NEGRA que un carbón. El bulevar Forjadores estaba muy solo, nada más se veía circulando ese viejo Marqués rojo 1989, con Marcelino a bordo. Las luces alumbraban los comercios aledaños a la calzada.

En el cruce de la Cinco de Febrero, el viejo Marqués se detuvo. La luz preventiva cedió, caballerosa, al rojo. Un medio minuto después apareció la luz verde. Pero el carro ya no avanzó más, se quedó ahí, quieto, en medio de la calle. Con Marcelino dentro, muerto.

Sus manos quedaron sujetas al volante. La cabeza colgó por un lado del inerte cuerpo y de la nariz escurría un espeso hilo de sangre.

¿Qué pasó? Tres hipótesis del caso: una, los tacos del sur le indigestaron; segunda, su novia Eloísa, quien cenó con él, lo

envenenó para cobrar un gordo seguro en Nacional Provincial; y la última, el viento se envenenó a causa de una fuga de gas amonio que salió de una planta procesadora de mariscos, cercana.

Quién sabe.

Mientras empiezan a averiguar los hechos, el viejo Marqués aún espera que otra vez el semáforo se ponga en *sig*.

# La trinchera

*A todos los que esperamos  
y esperamos  
y nunca nos cansamos de esperar.*

«BIENVENIDAS AUTORIDADES», DECÍA EN UNA manta, con letras negras, que estaba colgada arriba del presídium. También había una larga mesa, cubierta con un paño verde, donde estaban muy sentados once funcionarios del gobierno. En el centro, una silla vacía. Era la del comisariado ejidal Santos Villa, quien, desde que llegó, media hora antes, se negó a sentarse con los visitantes.

—Quiero estar con mi gente. Déjenme —pidió. Se lo concedieron.

Era una asamblea del ejido jojobero Paso del General Eustaquio Pérez, municipalidad de California de Juárez. En ella se daría respuesta a los problemas que, por largos años los campesinos habían planteado a la autoridad. Después de diez años, se había convocado al pueblo para informarle los avances.

Las peticiones eran una escuela primaria, el pago de la joba —por parte de Banjidal, había siete toneladas no pagadas, de tres cosechas seguiditas—. Una tienda Sedesol y la construcción de una iglesia católica. Petitorias que durante cuarenta años habían solicitado.

La lista estaba escrita en una descolorida hoja de papel. Sólo se le cambiaban los nombres de los candidatos. O, en su caso, los enviados del gobernador. Ese primer sábado de septiembre había júbilo porque al fin el gobierno se acordó del ejido. Era fiesta. Ésta comenzó con un discurso del patriarca de la comunidad, Jaime Rentería quien, con palabras sabias, serenas les dice: «Reciban un abrazo de este pueblo, donde la esperanza es nuestra fortaleza y nuestra terquedad, nuestra virtud».

Todos aplaudieron.

Habló, en seguida, Martínez Godoy, representante del gobernador.

—Señoras y señores, aquí estamos. Me ha pedido, el señor gobernador, que les diga que, con base en la transversalidad explícita de las políticas púb...»

—¡Cállate, hijo de toda tu relinda madre! ¡Embaucador!— se escuchó en todo el salón. Era la voz del comisariado ejidal, puesto de pie, gritando a todo pulmón.

Después, levantó del suelo, con rapidez, un viejo máuser que escondía.

¡Bang, bang!

Un agudo silbido primero y después un eco seco retumbó más allá del salón, en los cerros y los arroyos. Cayó muerto el enviado del gobernador. El primer pajuelazo se le anidó en el corazón, el segundo, en la cabeza. La estampida de los asistentes no se hizo esperar.

Ahí, sin moverse, abrazando su rifle, Santos divisó a su madre y a la escolta del enviado del gobernador, que se abalanzaron para matarlo. Los vio acercarse. Él fijó la vista en esa viejecita que le dio la vida y lo acompañó en sus hambres y soledades en la cosecha de ese oro negro que es la jojoba.

—Madrecita santa, dame tu bendición, dame tu bendición—, musitó desde su trinchera. Y a los gendarmes:

—Lo maté porque ya estamos cansados de tantas mentiras. Que Dios me bendiga.

Bang, bang, bang, bang...

# Torero

TARDE DE TOROS. LA FIESTA de fiestas. Coso vacío; pero la ausencia del respetable no fue motivo para que Barrapaz, el gran torero, redujera el ánimo en su faena. El capote lo sostenía con tal destreza que se deslizaba por el aire y llegaba al astado convertido en verónicas. A veces en chicuelinas. «¡Olé, olé, olé matador!», las ovaciones imaginarias martilleaban anidadas en su cerebro. «¡Olé, olé! ¡De ti es la gracia, de ti el valor!», escuchaba el hombre de la capea. El rostro estaba anegado de sudor. Los ojos brillosos, enrojecidos. Enfrentaba al toro que bufaba todo su odio contra el hombre que gozaba ver la sangre derramada de la bestia. «¡Olé, olé!». La arena era la histórica calle Félix Ortega, convertida en plaza improvisada para desfogar los ímpetus del novillero Barrapaz: un alcohólico de 43 años de edad, quien todas las tardes se sumergía en ese paraíso que imaginó siempre en sus jubileos etílicos.

El capote era un trozo de lona que le regalaron; los toros de lidia, camiones que abastecían de productos al Chedraui. En ese entorno vivía Barrapaz, comiendo desperdicios y extendiendo la mano a la generosidad, que más de las veces sólo había tenido por respuesta *méndigo borracho*.

Así era un día cualquiera en la vida de Barrapaz. Un hombre no común, pues hizo estudios superiores en el Tec de Monterrey, ahí se especializó en Administración de empresas.

Hijo de Matilde Trasviña, la eterna colaboradora de los hermanos Ruffo, en asuntos financieros, y de Gaspar Montufas, capitán de *El Raulito*, un barco de entrañables recuerdos para centenares de paceños.

Barrapaz antes se llamó Ricardo Trasviña Montufas. Laboró años en el Centro Comercial Californiano –ahora Chedraui– como director ejecutivo del Consejo General de los señores Ruffo, donde, desde joven, mostró habilidades para los números, lo que le situó en un lugar privilegiado en el corporativo y un cheque quincenal de varios ceros.

Logró hacerse de un capital importante –gracias a su trabajo– que, al morir sus padres, acrecentó con herencias: terrenos, una tienda de electrónica, acciones en un periódico local y un rancho turístico en la zona de El Salado, con miles de hectáreas de playa.

La fortuna real de Ricardo Trasviña llegó a lindar en lo incalculable, según los paceños de antaño. A los veinte años decidió, pues, casarse con Lorena Martínez: una hermosa mujer de

Miraflores, reina de todos los festivales y carnavales conocidos de la región.

Se hicieron todos los arreglos para el casorio. Para ello, se rentó la terminal San Antonio. La luna de miel sería, obvio, en París. La música fueron los Violines de Villa Fontana. ¡Ah carajo, esto era la gloria!

Como no hay plazo que no se llegue, el 23 de febrero siguiente, la boda. Lorena vivía por el malecón, casi al llegar a la Cinco de Mayo. Ricardo, por su parte, sobre la calle Morelos, antes de llegar a la Altamirano. Para presentarse en la parroquia se juntaron: fueron arriba de un convertible, rumbo a la cita mayor: la de la vida.

Un recorrido maleconero, como es la costumbre en estos lares. Pita y pita haciendo escándalo, reían a carcajadas. Manos unidas. De vez en cuando un beso en las mejillas rosadas.

Pero la vida no es gobernable a voluntad del ser humano, por eso suceden cosas impredecibles. Cuando cruzaron la calle 16 de Septiembre, el carro de los novios fue embestido por un Mustang 64, de colección, tripulado por un mozalbete apodado el Porky, un junior con ingresos acostumbrados a la cárcel. Ese día, el implicado estaba vendiendo cocaína en la zona de El Santuario.

El final fue ahí: de chingadazo. Quedaron atrapados entre fierros retorcidos y una mezcla de sangre y aceite. La novia, peor suerte: fue degollada por la defensa plateada del carro agresor.

Ricardo salió vivo. Bueno, medio vivo. Ya no les cuento más de esa tragedia que enlutó al pequeño puerto de La Paz, la Ciudad de los Molinos, como se le conocía. Las aspas imaginarias de estos artefactos para sacar agua de los pozos fueron empujando a Ricardo al maldito vicio que tiene como majestad la inconciencia y como princesa la degradación total.



Un año nuevo fui al Chedraui a comprar un pavo. Al salir me senté en la banqueta para presenciar al torero. Al término le grité: «olé, torero». Al escucharme se acercó, agradecido.

—Yo era bueno, sólo que se me movió la cabeza.

No me reí; una descarga me sacudió el corazón.

## Amor canino, perro maldito

—¡LEVÁNTATE, RODRIGO! —ME GRITÓ MI madre, interrumpiendo a Morfeo.

Obedecí sin más. Después de darme un baño francés, estuve listo.

—A sus pies, mamacita. Ordene usted —le dije.

—Mira, ten esos cinco pesos. Ve a comprarme, con don Cirilo, un pedazo de hígado para que desayunen, tú y tus hermanos.

Salí con el frío pegándome de frente. Una brisa me tapaba el camino. Camine y camine. En la carnicería estaba el hombre leyenda. Nada más y nada menos que don Cirilo Vega. Un hombre misterioso que llegó de Guanajuato con sus hermanos.

Cuando nació La Toba, él era gordo y bonachón. Tenía una destreza encabronada para matar reses. Y para preparar los mejores chicharrones.

–Te mandaron por hígado, ¿verdad? –me preguntó en cuanto me vio.

–Sí, don Cirilo. Cinco pesos.

Eran los años cuando los pesos valían lo mismo en oro.

Él estiró el brazo gordo y descolgó un hígado grueso de un mecate tendadero. Una rápida cuchillada lo partió en dos. Lo envolvió en un papel café.

–Ten.

Un gran dolor. Las horrendas y filosas fauces de un perro gigante me atraparon la mano de repente. Un monstruo. Un dóberman. Dolió horrores. Mi mano empezó a sangrar. Un hilo de sangre escurrió entre el hígado, el papel y mi mano. Los colmillos del perro eran de dorados. Destellaban y más se clavaban en mi mano. El pedazo de hígado cayó al piso. El maldito perro, con su boca, se lo llevó a su amo. Y si el can me asustó, el dueño más. Era un tipo aterrador. Alto, pistola al cinto. De mirada infernal y unas manazas de gigante. Con una de ellas descolgó la otra parte del hígado en el tendadero. Agarró unas boferas. Las echó en una bolsa de cuero. Metió la mano a la bolsa de su pantalón, sacó unos pesos. Los aventó al piso. Y antes de irse le gritó a don Cirilo:

–¡Nunca más se te ocurra vender el hígado de mi Káiser!

Subió al perrón en una camioneta, luego ambos se perdieron en la inmensidad de la brisa.

Ahí seguí yo. Saliendo la sangre. Frente a don Cirilo. Sin el pinche hígado. Sin los cinco pesos. Con el temor inminente de futuros cintarazos que me daría mi madre por tardarme.

Del susto, don Cirilo pasó a la conciencia de los hechos.

–Dame tu mano.

La observó. Seguía sangrando. Vio los efectos de la mordida. Entre sus cosas buscó un frasquito de agua oxigenada y unos trozos de algodón. Me curó de manera improvisada.

–Llévale esto a doña Chole –negoció–. Dile que no hubo hígado.

Un paquete con costillas. Unos huesos para caldo. Un trozo de menudo.

–Mamita, no hubo hígado. Por eso don Cirilo te manda esto.

Al agarrar el paquete, miró mi mano dañada.

–¿Y eso, Rodrigo? ¡Chamaco del mal, con quién diablos te peleaste? De castigo, te quedas sin desayunar.



Tiempo después me enteré que el Káiser fue traído en un vuelo especial por su amo, don Raúl Chávez. Un millonario regio que compró muchos ranchos, de por acá y de otros lados. Su amor era el perro. Dicen que el Káiser, de muy cachorro, perdió la dentadura, por lo que su dueño lo llevó con un odontólogo. El mejor de Monterrey. Le puso dientes de oro al animal. Muy filosos, con incrustaciones de diamantes. Un perro millonario, como quien dice.

El tiempo pasó. Yo miraba con miedo la camioneta de don Raúl. En ella siempre iba el Káiser, de copiloto.

Un día el maldito perro murió. Su dueño lo veló como a un ser humano. Mandó traer de Estados Unidos un ataúd, para enterrarlo en uno de sus ranchos, cerca de La Toba.

Después don Raúl se fue, dejando esparcida su riqueza. A los años profanaron la tumba del Káiser para sacar todo el oro de sus dientes y los diamantes. También una placa que tenía su nombre, así como una larga cadena del mismo metal.

Yo sé dónde quedó todo eso. Pero mejor me calló.

Lo que sí puedo decir es que, por las noches frías de diciembre, en ese rancho se escuchan unos aullidos infernales.

# Cara de diablo

ERA UN VERANO DE ESOS pegajosos. Mi estómago se convulsionó nada más al recibir de golpe el olor nauseabundo de la muerte. Olía a sangre. A tragedia.

Del tufo maldito pasé al estupor al ver dentro de un esterilizador clínico un cadáver boca abajo. Era un joven que no pasaba de los veinte años. Había sido asesinado encerrándolo en ese aparato instalado en la vieja clínica del IMSS.

Frente al dantesco escenario estaba Ramón Elizondo, director de la Policía Judicial. Le escuché un rato los detalles.

—¡Agarraré a tu asesino! —resopló, hablándole al cadáver.

Luego me dijo:

–Hay una suerte: cuando el finado está boca abajo, siempre cae el asesino.

Y lo agarró, antes de las 24 horas. Era un sujeto torvo: de mirada cruel: era el diablo.

Cuando lo capturó, Elizondo me confió:

–Entrevístalo.

Me soltó al asesino.

–¿Cómo te llamas?

–Julián, señor.

–¿Por qué lo mataste?

–Porque coqueteó con otro albañil. Lo maté por celos. Era mi novio... Disculpa, ¿me podrás conseguir una crema dental y un cepillo?

Se rió y me enseñó sus dientes filosos, haciendo un guiño que me pateó el equilibrio.

# La otra guerra (El gran general)

POTAM, SONORA. SIGLO PASADO. DIEZ a.m. Olor a muerte. Había cuerpos de hombres y mujeres yaquis desparramados en la aldea.

El gran general peninsular hacía el recuento. Sus ojos escudriñaban el escenario. Despojo de vidas. Símbolos desparramados. Estandartes salpicados de sangre. Era la fuerza de una estirpe vencida.

El caballo negro del gran general receló y agitó el cuerpo. El motivo, un niño recién nacido lloraba. Sus manitas acariciaban el rostro destrozado de su madre muerta.

Ese gesto dobló al gran general, quien se acercó para recoger al niño.

En el cuartel lo recibe su joven esposa.

-Ten. Es nuestro.

-Pero...

-Es nuestro. No replique.

Y lo fue.

El tiempo hizo lo suyo. El indio yaqui llegó a ser un destacado militar. Honores por aquí, honores por acá. Una fama de duro. Igual que su padre adoptivo: el gran general.

La muerte llegó cuando fue su debido momento. Se aposentó cómodamente en aquel hombre de leyenda: de mucho poder: de generosidad: de mano firme.

Distinciones y llantos. Las exequias del gran general.

Después de tres días llegó otro gran general al panteón, cargando cientos de rosas, claveles y gladiolas. Frente a la tumba, la voz de ese otro rudo militar, se entrecortó. Desamarró un nudo de lágrimas. Un susurro se desplegó por los escondrijos de ese viejo panteón de Los Sanjuanés.

-¡Gracias padre! ¡Te amo! ¡Te amaré por siempre!



Después, acompañado de mí, su sobrino del alma, nos fuimos para una vieja casona del malecón, donde una viejecita, al abrir la puerta, vio a ese impresionante hombre: un indio yaqui, curtido por el sol y la historia.

–Hijo –dice, con lágrimas en los ojos, acariciándole el rostro–, ya pórtate bien.

Le dio un beso. Luego se perdió en la casona.

El general se persignó conmovido.

En el aeropuerto, alguien le entregó un boleto para abordar un vuelo, cuyo nombre era general Venustiano Olachea.

# Culichí

—¿QUÉ TRAES? —PREGUNTA UN AGENTE de la garita, en turno, perteneciente al mando mixto institucional, como guardia de seguridad en Pichilingue.

—Una clave —responde José Monterroca.

—Dímela.

—Rojo cincuenta y ocho —dice la voz grave del sicario, con un dejo de arrogancia.

—Pásale.

Y pasa. E inicia el serpenteo de ese camino a Ciudad Serenidad. Se siente en casa ajena, pero como en porche propio.

Admira el contraste del Mar Bermejo y el pardo desierto, la belleza del entorno le arranca un suspiro: «¡Ay, California! ¡Y ciudad serenidad! ¿Porqué les llegó la violencia? Si antes era tan tranquilo».

Y su demonio interior, su voz maldita, sarracina, le contesta: «No te hagas, Culichi de mierda. Con matones como tú, toda paz se aniquila».

Viaja a bordo de una Touareg negra, 2018. Trae en compartimiento especial un arma larga y una cuarenta y cinco con cacha bañada en oro. Viene a cobrar a nombre de don Ricardo Bojórquez una deuda de coca. Y una docena de camionetas como en la que viaja y que prestó a unos amigos. Ni coca, ni dinero. Y mucho menos las Touareg y eso cala, en los ánimos del patrón.

En la mente de Monterroca sólo está la palabra *lealtad*, que le debe a don Ricardo. Quien es más que su patrón, *su padre*.

Conocí a mi padrino Ricardo un día antes de mi confirmación, evoca José. Mi madre me lo presentó. Éste será tu padrino. Y desde hoy te quedas a vivir con él. De sopetón, mi madre se deshizo de mí. Por eso desde los once años vivo en casa de mi padrino.

Tengo veinticinco años. Me dicen Culichi porque viví en Culiacán, en un prostíbulo con mi madre. Aunque la verdad nací en Estación Bamoá.

Sí. Soy el mejor sicario de la empresa de don Ricardo. Maté por primera vez hace seis años. Y me gustó. Miras a los ojos a tu víctima. Te reflejas en ellos y se cuaja la imagen para siempre.

La contratación me vino de mi propio padrino. Me la gané. Antes de los dieciocho era jardinero en su casa. Un día amaneció con antojo de comer birria de chivo. Contrató a los mejores birrieros. De los cinco chivos al matadero uno dio problemas para matarlo. De pronto me escuché yo mismo. Esa voz que no te deja: «salta al ruedo, José. Demuéstrale al viejo tu sangre fría».

Que entro con mi daga y la clavo con fuerza. El chivo cae. Don Ricardo me ve a los ojos. Me observa. Me abraza. «Tienes huevos, Culichito. Se me hace que vamos a platicar tú y yo».

Sumido en sus recuerdos no se da cuenta que ya está en Ciudad Serenidad. Entra por el sur despacio, observando. Ve cerca una botarga del doctor Simi, le cae en gracia el baile. Un pasito, pa'lante María, un pasito pa' atrás. La bola baila, baila con gracia y con ritmo.

José escucha a su voz asesina: «Mátalo, para que se le quite lo payaso. Cálate como matón, en esta tierra noble. Mata, nadie te ve».

Metete la mano y saca la matona 45. Despacio se acerca al bailarín promocional. Le descarga toda la furia. Vuela ese bulto blanco, perforado y brota la sangre. Los gritos se apagan.

Sigue de largo. Nadie lo sigue. Nadie se da cuenta. Nadie, nadie. Cinco cuerdas adelante suelta la carcajada. Sigue bailando pues.

Y la voz vuelve a la carga: «Mata. Aniquila. Destruye. Estas en la tierra prometida. Donde no hay jueces. Ni moral. Cuando te sacies cierra la puerta».

Entra a Ciudad. Se hospeda en un hotel de lujo frente al mar. Al estacionar su nave, voltea para todos lados. Por doquier ve patrullas de la PFP. Cínicamente dice:

–Por lo que veo, estaré muy seguro.

Se carcajea de lo lindo.

Un mes dura su faena de cobranza. Recupera todo. Con intereses. Rinde cuentas a más de diez. Entonces llega el momento de retirada. Se premia con una buena comida en El Pescadito. Desde ahí da el reporte: «Las chivas recuperadas. Ya van a la sierra, con todo y polvo». «¿Dónde estás, Culichito?» «Vente con cuidado. Buen viaje».

Saborea sus mariscos. Tan entretenido que no ve al joven que baja del taxi. Le dispara con saña en la cara. Ahí quedó sentado Culichi. El otro le toma una foto. Hasta le cierra los ojos.

Una voz se fue extinguiendo a través de un túnel largo y profundo: *lealtad*.

# Hombres de ley

ERA EL AÑO 1948 EN San Luis Potosí. Samuel Montelucas Charpas era un hombre de sangre negra. Cruel, como ninguno. Y si le añadimos cobarde y cínico, no pasa nada. También lo fue. Hijo de Juan Montelucas, soldado desertor de San Luis Potosí, y de Jassimine Charpa, prostituta húngara.

Samuel fue escalando, desde su niñez, la profesión del crimen. La última atrocidad que cometió fue violar a Rosalba Jiménez, la joven esposa de su capataz, Rosendo Aguillón. La ultrajó y de remate le cercenó ambos pies. Asesinó a sangre fría a su hijo. Después salió como las bestias, aullando de satisfacción, por sus endemoniadas acciones.

No fue muy lejos. Al salir de la casa, se encontró al capataz quien, después de ver la escena del crimen, lo enfrentó a balazos. Pero parece que los criminales tienen suerte: logró escapar.

Así se remontó a la Sierra Madre Oriental, en Cerritos, un buen tiempo. Fue su padre quien lo disfrazó de mecánico y lo subió a un camión que transportaba una perforadora rumbo a las Californias. El trayecto a la tierra prometida duró una semana. El destino final fue la naciente colonia California. Se abrió el histórico Valle de Santo Domingo.

El entorno era agreste, árido, donde las gigantescas víboras de cascabel bufaban y defendían su territorio que estaba siendo ocupado por perforadores, agrimensores, topógrafos, ingenieros y un puñado de hombres y mujeres que eran los colonizadores.



Hábil como era, Samuel empezó a generar riqueza. El dueño de la perforadora le pagaba bien. Astuto, él mismo, como era su perfil natural, hacía tranzas con el armatoste de acero. Es decir, cobraba por debajo del agua y nada reportaba.

Al iniciar 1950 ya era un hombre rico. Tuvo uno de los primeros ranchos y cosechaba algodón, trigo y cártamo.

Pero con dinero le brota la soberbia y lo criminal.

El mero día 6 de enero, Día de reyes, salió muy temprano de su rancho, al que bautizó como El Potosí. Llegó, pues, a desayunar a un pequeño restaurant que estaba ubicado a un costado

de la tienda de don Jesús Garza Menchaca. Se sentó y pidió una orden de enchiladas potosinas, jocoque, machaca y café. Engullía la comida como un cerdo. Al terminar pidió otra taza de café.

Llegó Micaela, una guapa mesera, a rellenar la taza. Pero para su mala suerte tropezó, cayéndole encima a Samuel. El líquido caliente, casi hirviendo, le quemó el pecho. De inmediato sacó su pistola y mató a la muchacha. También le disparó a un comensal cercano que tuvo la desgracia de reírse cuando pasó el incidente. Antes de salir dio muerte a la dueña del restaurante. Se fue carcajeándose de sus crímenes. No se esforzó en huir, nadie lo siguió. Entonces pensó que en esta tierra inhóspita era valdadero matar. Además, a su favor, no hay ley. La única autoridad era su pistola. Eso creyó.

No pasaron veinticuatro horas cuando el gobernador del territorio se enteró de lo sucedido. Un grupo de agricultores hizo viaje a la capital para darle santo y seña. Le piden: «¡Queremos justicia, general. No queremos hechos de sangre en ese Valle que es su obra. Nosotros somos sus hijos. Y debe defendernos de ese asesino».

Cipriano Martínez, un general triunfante de la Revolución, con bastante poder, osco, violento. Famoso en todo el país, les respondió con acento paternal:

—No los dejaré solos. Ese Carpas o Charpas, es hombre juzgado. Váyanse en paz. Déjenme a mí lo demás. Y cuando vengan otra vez tráiganme sandías.

Al quedar solo, llama a su mejor matarife, Alfredo Zamarripa Guzmán. Un Venadero, el mejor tirador de California.

—Fredo —le dijo el general—, te encargo un asuntito. Mira: agarra un matón que cree que aquí no hay gobernador. Tráta-lo bien. Respeta sus derechos, claro, si los tiene ese hijo de la chingada. No te olvides que somos hombres de leyes. No somos matones, como dice la gente.



Zamarripa era un hombre inteligente y leal. No tenía aspecto de asesino. Más que eso parecía sacerdote de pueblo pobre. Su voz apacible, serena, suave, levantaba confianza en los delincuentes que ajusticiaba. Les hablaba suavemente. Y los mataba rapidito.

En Santo Domingo buscó por todos lados al criminal. No lo encontraba, porque la bestia oteaba el peligro. Se había remontado a la sierra. Entre cantiles y espinas, escondido entre jobjobas y palo adanes, se sentía seguro. A la región del Huatamote nadie llegaba. Ahí estaba el potosino maldito, Samuel Montelucas Charpas. Cerca de su caballo que bebía agua de un manantial.

El diez de enero, como a las diez de la mañana, Alfredo Zamarripa dio con él. Le llegó por la retaguardia. Samuel se asustó al verlo. Le sorprendió su facha. El policía del gobernador vestía el traje típico del rancharo peninsular, la famosa *cuera*. Toda de piel. Arriba de un alazán imponente. Su sonrisa a flor de labios, su mirada suave. Su elegante expresión dibujaba a un misionero.

—Buen hombre, ¿qué hace por estos rumbos tan solitarios?

—Pienso construir una hacienda —contestó Montelucas—, señor. Ando viendo los terrenos.

–Ah caramba. Pensé que andaba huyendo de sus muertitos. Los que mató hace cuatro días en el crucero.

–¿Cuáles muertos, hijo de la chingada! No sé quién eres, pero no te tengo miedo.

Ya tenía en la mano su pistola asesina.

Alfredo no se inmuta. Vio al sujeto con atención.

–Mira, Charpas. No te preocupes. Uno, dos o tres muertitos se les perdonan a matones como tú. Yo nada más cumplo órdenes de mi general. Sus órdenes son que se cuide esa colonia. Los agricultores que están ahí, son sus hijos. Y a los hijos se les cuida. Apréndete eso de memoria. Este es el mensaje de mi general. Guarda tu pistola y vete. Ya no mates. Adiós.

Samuel Montelucas, confiado, montó su caballo. Se fue lentamente por una vereda que conducía al Valle.

Por su lado Alfredo se apeó del hermoso corcel. Buscó una sombra y se tiró a descansar. Durmió un rato, luego se bañó en la olla de agua que abastecía el manantial. Después de comer cecina y un troncho de queso oreado, reforzado con galletas roncadoras, levantó el tendido

–Pobre Charpas –se dijo–. Tan pendejo. No mató al mensajero. Me dejó vivo. Los vivos matan. Ahora voy a cumplir las órdenes, de mi general. Ya basta de huevonadas. A trabajar.

Subió a su caballo y siguióla misma vereda. Su caballo agarraba el ritmo. Avanzaba y avanzaba. A la hora y media, en la subida de El Palmar lo vio. Samuel Montelucas Charpas, el criminal. Tranquilo se preparaba para dejar la sierra. Alfredo sacó su viejo Máuser. Le suelta el primer pajuelazo. El tiro le pegó en el cuello. Samuel cae todavía con vida, volteando a buscar a su ejecutor. No lo encontró. Lo que sí halló fue otro disparo, justo en el pecho. Mortal por necesidad. Vino después un largo silencio. Entre piedras ensangrentadas está el criminal. No pudo sacar su pistola.

En la montaña está Alfredo. El disparador.

—Cumplida la sentencia, mi general —se dice a sí mismo—. Este cabrón salió culpable. Sin derecho a fianza. Castigo de muerte.

El quince de enero llegó Alfredo al despacho del general. Antes de rendirle cuentas le entrega un misterioso paquete. El general lo abrió: una pistola. Y un dedo en descomposición.

—¿Y esto? —reacciona—. ¿Qué chingados es?

—Las armas del ajusticiado. Ya no podrá matar. Se hizo justicia mi general.

El gobernador, arisco como era, le responde:

—No me ofendas, Alfredito. Qué justicia ni que la chingada. Lo mataste y ya.

Y continuó con una pregunta:

—¿Sabes por qué te quiero un chingo?

—No, mi general. Dígalo usted.

—Por dos cosas. La primera, porque dicen mis comadres y compadres, que eres mi hijo. Y a lo mejor sí. La segunda, te gusta el placer de matar, como a mí. Eso Alfredito no se le da a muchos. Somos los matones de la ley.

# Severiana

—ESTE ES EL FIN DEL mundo, Porfirio.

—No, Severiana. Es el nacimiento de un amor, que va más allá de Dios y del tiempo.

—¡Calla, blasfemo! Tengo miedo. Miedo de ti. De mí. De Dios, de todo.

Pero que se haga tu voluntad. Soy tuya.

Severiana se levantó de la cama y se empezó a vestir lenta y pausadamente. Su hermoso cuerpo se traslucía por ese halo de luz que se filtraba por la ventana del cuartel. Otra vez, con el hábito de monja negro, salió al pasillo y se fue deslizando en la oscuridad.

Porfirio Nateras, con grado de mayor en el ejército, se quedó acostado y pensativo. Todavía sentía el placer. Recordar la figura de Severiana le estremecía.

«¿Porqué la amare tanto?»

La respuesta divina que esperaba no llegó. Pero sí apareció fugaz la escena donde se conocieron. Porfirio era jefe de la Zona militar de Pabellón de Arteaga. La fecha: el once de diciembre de 1946. Del convento de monjas la Infinita Piedad, ubicado ahí mismo, pidieron apoyo a la tropa para el festejo magno del doce, día de la Virgen de Guadalupe.

Entre las organizadoras del convite estaba Severiana Fernández Harp. Una mujer diferente a todas. Alta, espigada. Sonrisa a flor de piel. Ni el ropaje sacro podía esconder sus prominentes senos, tampoco su reducida cintura, mucho menos las amplias caderas y piernas moldeadas a esplendidez.

La empatía llegó como relámpago. Miradas, sonrisas; temblor de corvas y cosquilleo en los entresijos.

De ese día todo fue diferente para los dos. La monja Severiana, de 28 años. Una niña bien que, por capricho de amores fallidos, se refugió en los hábitos. Y él, un estricto mayor del ejército, heredero de famas y de nombres de generales de una reciente revolución. Es decir, se enamoraron.

Seis meses de cortejo. Idas del mayor al convento. Otras visitas de Severiana con cualquier pretexto al cuartel. Hasta ese día en que juntaron sus cuerpos y pecados sellaron sus vidas para siempre.



Porfirio estaba casado. Tenía tres hijos. Su esposa Maricela Benítez Esparza, hija y única heredera del general Luciano Benítez, secretario de la Defensa Nacional. Era pues un militar de peso político, económico y con una posición excelente en la milicia. A sus 35 años la vida le dispensaba generosas sonrisas: le pintaba un futuro color de rosa.

El amor dicen que no se esconde. Se prodigó a raudales entre Severiana y Porfirio. Hubo sesiones interminables de sexo y convivencias discretas. Todo marchaba al gusto de dos. En ese tren desbocado que es el deseo.

La mañana del seis de enero, a las diez de la mañana, Porfirio terminó de desayunar con los capitanes y demás mandos de la tropa acantonada. De camino a su despacho se topó a su asistente Filiberto Rodríguez.

—Le esperan unos señores, mi mayor —le informa, cuadrándose—. Vienen de la Ciudad de México. Están en la Sala de Juntas.

—Gracias Fili. Ya voy.

Al llegar se sorprendió más de lo que esperaba. Frente al grupo de visitantes estaba el general Juan Domínguez Plascencia, veterano de guerras, sobreviviente de mil emboscadas. Y brazo ejecutor del general Secretario. Tajante la orden:

–Entrégume su arma, mayor. Está usted cesado. Le traigo un recado de mi general. Tiene seis horas para irse mucho a la chingada de este estado.

De buenas a primeras, ese militar de honores, de las mejores notas en el Heroico Colegio Militar y en las academias del mundo, hijo del gran Porfirio Nateras Jaques, el Tigre del Bajío, estaba sumergido de manera súbita en la más vergonzosa de las degradaciones.

La burlona sonrisa del general Domínguez Plascencia y su expresión lapidaria:

–Mire, soldado raso, Porfirio. «Lástima de nombre», lo digo por mi generalísimo Díaz. Le voy a dar dos consejos. Uno: nunca le meta la reata al Clero. No le busque ruido al chicharrón. Los panteones están llenos de héroes como usted. Y de pendejos como yo. Debería matarlo. Pero conozco a su padre. Él sí es un buen militar.

»Antes de que lo saque a cabronazos del cuartel que ha deshonrado, le aclaro: ya no tiene familia. Su esposa, la niña de mi general, ya va rumbo a México. Lleva a los tres hijos.

»Lo segundo: para las dos de la tarde, o sea, dentro de tres horas, no lo quiero ver por acá. Si no obedece, me lo *quebro*, cabrón.

»Es todo. Cuélele, que ya me está haciendo enojar. Mi pistola quiere fuego.

Porfirio salió, cabizbajo. Ese militar desfondado, otrora figurón, altivo, iba hecho un guiñapo. En mangas de camisa –como sonámbulo– caminó por las calles bien trazadas del pueblo bello.

Pronto estuvo frente al convento. Ubicó la celda de su amada. Desde el exterior le llamaba. Al verla le soltó la noticia:

–Me degradaron. Me amenazaron de muerte. Tenemos que irnos. Ya. Te espero a las dos de la tarde en la estación del tren. A las dos de la tarde, te repito. No me falles.

–Soy tuya, Porfirio. Y acato tu voluntad.

Después del encuentro con Severiana, antes de las dos de la tarde, se dirigió a su casa. Fue en búsqueda de un arma, dinero y documentos. Pero oh sorpresa. Su domicilio estaba custodiado por soldados, por todos lados. «Así no entro. Es imposible». Se retiró.

Suelta la revolución de ideas. Recuerda que tiene, afuera de casa, su caballo pura sangre y su carro particular. «Los bienes son para resolver los males», se dice. Entonces se puso en manos del usurero Rubén Fuentes, quien aceptó la compra:

–Dos mil cada uno con papeles. Y mil cada uno, sin ellos. ¿Qué dice, mi mayor?

–Hecho –respondió Porfirio. Le dijo dónde recogerlos. Recibió el dinero y en seguida se va.

Desde lejos grita el judío: «mi vocación es hacer negocios limpios, con cosas chuecas».



El tren salió a las dos treinta. La ruta era Tepic. Destino final: Mazatlán.

La bestia de acero estaba destartalada. Los asientos roídos. Una romería. Gallinas, chivos. Guacales de frutas, canastas de pan. Gorditas. Todo un mercado de pobres. Así llegaron a Tepic, en la madrugada. El frío les caló profundo. Pero en enamorados como ellos es *pecatta minuta*. Se abrazaron. El mayor Porfirio besó a su amada Severiana.

Después de una espera, la nave continuó el viaje a Mazatlán. Otro tiempo largo. De chirriar de fierros e incomodidades. Al final: el amanecer se aromatizó de mar, cubriéndose con una ligera frescura como preámbulo a la presentación estelar de ese gigante del Pacífico: Mazatlán.

Todos adormilados bajaron del tren a la búsqueda de un hotel. En la costanera encontraron uno: El Sabalito. Cuartos limpios, agua caliente. Y lo mejor, un oloroso restaurante.

La anfitriona, Martina, la mesera se justificó.

—Discúlpenos. Hoy sólo tenemos langosta, camarones, pescado sierra y abulones azules a la plancha.

A desayunar, pero con los sentidos de ambos, bien puestos. En eso escucharon una conversación de dos hombres vestidos a la usanza sinaloense que, emocionados, comentaban acerca de un

programa de apoyo para colonizar el Valle de San Quintín, en el territorio de la Baja California.

El mayor, de oído fino, sigue con atención el tema. Abreva datos. Registra y después interrumpe a los interlocutores.

—Disculpen, caballeros. No me resistí a escucharlos. Pero me interesa esto.

—No se preocupe, amigo. Mire, en la presidencia municipal hay una persona encargada de enganchar interesados. Ahí le dirán todo. ¡Anímese!

«Más que animado estoy», pensó el mayor. En cuestión de una hora ya estaban frente al encargado de enganchar colonizadores.

—Se trata de esto. El Gobierno del territorio norte, de Baja California, ofrece un paquete de apoyo federal para la producción. Consiste en dotación de cien hectáreas. Son tierras cultivables. Pago de perforación para instalación del sistema de bombeo. Éste es gratis. Y apoyo económico para traslados y avíos para la primera cosecha. El costo de la tierra será de veinte mil pesos, pagaderos de manera paulatina en las cosechas, a través del Banco territorial. Las escrituras son garantía de pago.

Cuando menos acuerdan, ya estaban plasmando sus firmas. Quedó todo arreglado. E iniciaron el largo viaje hacia la inhóspita península. Dos días y medio de viaje, en un camión del gobierno territorial. Llegaron al esplendoroso Valle de San Quintín. En un olivar descendieron y se les entregó la tierra: «Este es su rancho». «¿Aquí? ¿Y la casa? ¿Y la comida? ¿Y ? ¿Y?»

El encargado del viaje se defendió:

—Hasta aquí llega mi trabajo. Aquí están. Lo demás lo aclaran con el jefe de colonización, que los buscará mañana.

Ante el desolado panorama Porfirio y Severiana se abrazaron. Era un encuentro de amor, y de temor a lo desconocido.

Por la noche hicieron su tendido en una carpa que se encontraba colocada entre los olivares. Es su primera noche, en su nueva patria chica, donde alrededor sólo huele a soledad y se conjugan los vocablos del silencio.

Siete en punto del doce de enero de 1947, llegó el responsable del programa agrario, Mauricio Bustamante. Les entregó una pequeña estufa, trastos. Una cama, cobijas y mucha comida. Y dinero, a cuenta de la primera cosecha.

—Este es el comienzo. El quince de este mes llegará la perforadora. Después traemos el motor. Fírmense aquí.

Fue notorio el cambio en la actitud de Severiana desde ese momento. Enfureció la mirada. Aquel rostro sensual, provocador, abrió paso a otras facciones. Un aspecto duro. Decidido.

—A construir nuestra casa, Porfirio —dijo la mujer—. ¡No podemos vivir como animales en este paraíso!

Se pusieron manos a la obra. En tres días ya tenían una casa de madera. Una cocina y su nido de amor. De ese amor, casi a

finales de febrero, llegaron los primeros síntomas del embarazo. Y la felicidad de ambos.

Pero ni el proceso de gestación detenía el ánimo luchón de Severiana. Una mujer guapa en exceso, con un tan corazón blindado que en los primeros meses de vivir en San Quintín le endilgaron el mote de «la generala».

Los trabajos de perforación concluyeron el 20 de abril de ese mismo año. Se hizo una comida al aire libre para festejar el gran acontecimiento. El maestro operador de la perforadora, Ramón Palos de León, le extendió el primer vaso de agua a la generala Severiana. Ella, al darle un trago, lo escupe.

–Está salada. Horriblemente salada, maestro.

Pidió respuestas concretas. El experto reaccionó:

–Yo perfore hasta que saqué el agua. Que esté salada no es mi problema. Si quiere otra perforación, esa ya corre por su cuenta. Cuesta diez mil pesos. Usted decide.

Severiana, con su evidente panza de embarazo, cae hincada, postrada y después de mirar a su Porfirio del alma, que está inmóvil, se pregunta: «¿Porqué a nosotros nos tocó la sal? ¿Porqué?»

El tiempo, muy pronto, le daría la respuesta.

Después del golpe recibido por Severiana, al salir agua salada del pozo en su rancho, se enjugó las lágrimas. Continúa el convite con sus invitados.

—No pasa nada.

No tiene los diez mil pesos para otra perforación. Sin embargo, le dice al dueño de la perforadora: «Haga los trabajos. Inícielos. En quince días le pago». Porfirio se sorprendió. «¿De dónde los sacaremos?» «De la tierra», contestó ella.

Al otro día buscó apoyos del gobierno territorial: se los negaron. Pidió a los colonos vecinos. Consiguió sólo tres mil pesos. Siguió buscando. Puertas cerradas por todas partes. El plazo se acercaba. Cuando por fin faltaban dos días para el tiempo acordado, mandó a Porfirio a Camalu a vender sus joyas. Ella se arregla como nunca. Se viste con una falda sensual, que cubre su vientre. Se pone una blusa escotada. Se pinta los labios. Fue a Vicente Guerrero. Visitó a Roberto Contreras, el mayor coyote de mariscos y productos agropecuarios. Éste, atraído por la belleza de la Generala, la escuchó con atención:

—Le ofrezco toda la cosecha de fresa de mi rancho. Se la entrego en verano. Serán las fresas más ricas que usted haya conocido.

Le brillaron los ojos al coyote.

—¿Cuánto?

—A la entrega le digo el costo. Sólo requiero un anticipo de siete mil pesos.

—Concedido, mujer.

La perforación concluye a finales de mayo. El agua era de lo más dulce. Empezó la siembra de fresa. De tomate, morrón, espárrago.

El embarazo de la Generala llegó a su fin el dos de septiembre. En una clínica de Vicente Guerrero nació una niña. En la sala de espera estaba el mayor, Porfirio. Impaciente. Esperando ver lo que será el hermoso fruto del amor de su vida. Los minutos pasan, las horas. Nada. Nadie le informa.

Hasta que del quirófano salió un amargo grito. Es de su Generala. Él llamó a la enfermera y pasó también. Lo que vio le encrespa el cuerpo. Es su esposa abrazando una hermosa niña. Pero sólo del rostro: de sus extremidades la deformidad. Y el llanto incontenible de Severiana.

Los días pasaron. Aunado a lo deteriorado de sus pies y manos, le brota a la niña un hueso a la altura del pecho que le forma un triángulo óseo resaltado. Antes de diciembre la bautizan con el nombre de Ángela.

Aprenden a convivir con ella. Tal como lo hicieron con la bonanza que se les dispara en su rancho. Los mejores productos. Los mejores comercializadores en el extranjero. Después de pagar deudas, construyen la primera planta de productos del mar, derecho a la exportación. Bajo el sello comercial Angelita. Inc.

Cinco años después, en los inicios de 1952, pasó algo terrible. Se los cuento.

Un jueves seis de febrero de 1952, Porfirio quedó en casa al cuidado de la niña Angelita. Severiana salió rumbo a Calexico a firmar un contrato con Ocean Products, para la venta de abulón, langosta y almeja.

Regresó el siete de febrero a las once de la mañana. Al abrir la puerta de su rancho se encontró con la escena más horrible de su vida. Angelita estaba acuchillada. Un golpe muy notorio en el pechito. Otro en el pescuezo. Su cama llena de sangre. Y en el piso totalmente borracho el hombre que amó hasta el exceso.

Avisó a las autoridades. Se hicieron los trámites para la sepultura. Y entregó a su amado esposo a la justicia.

Después de que éste despertó, le preguntó con mucha frialdad:

-¿Porqué lo hiciste? ¿Porqué acabaste con este amor? ¿Porqué pusiste fin a nuestro castigo de Dios? ¿Qué derecho tienes? ¿Qué te crees? ¿Dios?

Como respuesta Severiana sólo escuchó:

-Ya estaba cansado.

Lo trasladaron a Ensenada para procesarlo por el crimen que conmovió a todo el estado. Debido a la magnitud de la repercusión, Chava Hirales Cosío, comandante general de policía, le habló al mayor degradado.

–Mire, amigo. Aquí el gobernador tiene dos códigos de justicia para tipos como usted. El código que brota de las benditas, pero inútiles leyes. Y el segundo. El más efectivo. El de la real justicia. La de Dios. Es decir, la de la suerte. Usted decida. Yo voy a ser su juez y su testigo en esta última. ¿Cuál quiere?

–La segunda, comandante.

–Bueno, pues córrale. Pero córrale en serio.

Porfirio salió corriendo por la solitaria calle. Corre y corre, con alas de libertad. Chava Hirales nomás le aventó un balazo. Sólo uno.



En San Quintín, Severiana estaba hincada, frente al horizonte. Con la mirada triste.

–¿Por qué, Señor mío? ¿De qué color es el dolor?

Severiana murió en el año 2000, corriendo un maratón, en Los Ángeles, víctima de un infarto. Su fortuna la donó a una congregación de apoyo a niños con parálisis cerebral. Nunca se casó.

# Salmón salvaje (El presidente que dibuja)

LA MANO DEL MANDATARIO EMPEZÓ a dibujar un caballo estilo romano. En su muñeca se observa un reloj Rólex de oro, estilo presidencial (obvio), y en su dedo la argolla matrimonial. Sentados frente a él tres personas lo observaban. No pierden un sólo movimiento, gesto, respiro, mirada del presidente José Luján Perló, un hombre de estirpe política poderosa. Su familia llegó a finales del siglo pasado de El Avión, España.

Terminó de dibujar, con su pluma fuente Mont Blanc, un hermoso caballo que, como todos los que dibuja, resultó un trazo excelente. Arriba de la cartulina empieza a darle forma aún organigrama en el centro. Allí se dibuja a sí mismo con la banda presidencial. Al costado izquierdo dibujó al director comisario de la paraestatal: Mina, Petróleo y Gases de la República Paripaso. Al lado derecho, dibuja el rostro del secretario del interior,

Mario López Arrámbidez. Debajo de esos tres dibujos diseñó el logotipo de la empresa norteamericana Gringos Petroleum y más abajo algo que parece un cabezal del periódico latinoamericano, *Presencia*.

Al término de la jornada le mostró a las tres personas su trabajo después de que observaran con detenimiento el organigrama.

—¿Entonces, caballeros, cómo nos arreglamos? —dijo José Luján—. Creo que ya es hora de que hablemos de cifras. Para no perder más tiempo, quiero la firma de la concesión para explotar los yacimientos de petróleo y uranio de la península de Javaslandia. Veinte mil millones de dólares depositados en Suiza. Para el director de esta empresa pido diez mil. Y para callar la boca de las probables tentaciones que surjan de mi director del interior pido cinco mil millones de dólares, y para tapar cualquier problema de una filtración a la prensa le compartiremos al honesto director del mejor periódico de mi país, un millón de dólares para que atienda contingencias que broten en el futuro. ¿Están de acuerdo? —preguntó a sus acompañantes.

—¡Yes, sir!—responde uno de ellos. Al contestar, Luján Perló tomó de nuevo su pluma y escribió las cantidades acordadas. Plasmó en cada uno de los números su antefirma, pidiendo a los asistentes hicieran lo propio.

Después tomó el documento para esconderlo luego bajo la carpeta de piel que tenía en el escritorio. Se puso de pie y exclamó:

—¡Bueno, señores! Es un gusto y un placer estar con ustedes. Y llegar al mejor de los acuerdos. ¡Lo hicimos de una manera

transparente, patriótica e histórica. Decisión que abona la explotación racional, ordenada y cuidada, en materia ambiental, de los recursos de esta próspera nación que me honro en presidir. Les doy un abrazo, les deseo un buen viaje, agradable retorno a su país, y espero la confirmación de esta amena charla con el depósito de las cantidades, en el Euros Bank de Suiza, que acordamos.



Después de esto el presidente José Luján Perló se fue a su residencia en los Laureles. A descansar. Se sirvió un whisky en su gran biblioteca. Tomó un libro escrito por su abuelo, en el cual se describen las luchas de los españoles, las grandes hazañas de los hombres libres de las epopeyas, por la justicia la independencia y los valores.

«Ah que mi abuelo, tan soñador. Qué hermoso pensamiento. Quiero ser igual que tú, abuelo, un paladín de la justicia».

Hojeando el libro y feliz por haber hecho el mejor negocio de su vida, se quedó dormido, sujetando con las dos manos el vaso con dos hielos al fondo,

Al otro día se levantó lleno de optimismo. Jugó tenis, caminó y trotó por los grandes jardines de la morada presidencial. A las diez de la mañana se fue a Palacio. Durante el trayecto fue escuchando la radio y la perorata del conductor estrella decía del pésimo gobierno que tenían. «El presidente es un ladrón que depredó ya la economía nacional y está vendiendo de cacho en cacho los recursos de esta hermosa nación». José Luján Perló no se inmutó, sólo le salió una ligera sonrisa. Dijo en voz baja:

«Corrupto serás tú, periodista vendido. Para que se te quite lo bocón, más adelante te sacaré tus trapitos, incluyendo esa amante que tienes, que dices hipócritamente es tu secretaria. Eres un bandido, periodista de mierda».

Después de esa reflexión, siguió tranquilo, feliz, satisfecho. Llegó a Palacio viendo a lo lejos varias manifestaciones en su contra. Entró por la puerta secreta, custodiada por la élite del ejército, subió por el elevador presidencial, saludando a todos los guaruras. Después de darle un beso a Teresa, su secretaria privada, y tocarle de manera disimulada sus glúteos, se sentó como un gran rey en la silla presidencial. Como un reflejo natural buscó con su mano el documento, tema del día anterior, y para su sorpresa no lo encontró.

—¡Teresiiiiiiiiitaaaaa! ¡Venga acá!

Frente a su fiel colaboradora desborda su ira.

—¿Quién movió la carpeta!

—Nadie, señor presidente. Está como usted la dejó.

—¡Investígueme quién es el jefe de guardia del Estado Mayor Presidencial!

—Luis Aponte León, señor.

—Búsquemelo. Comuníqueme con él, ¡pero ya!

El presidente estalló porque no encontraba el documento más comprometedor de su vida. Alguien se lo robó. Y en otras manos puede costarle la presidencia. Y la vida.

Frente a él se apersonó el joven capitán Luis Aponte León. Uno de los militares más prestigiados por sus notas académicas y por desempeño destacado en el deporte. Medallista olímpico en equitación. Ahí estaba, expectante, ante el figurón del poder: el presidente.

–Luisito –le dijo–. Tengo un problema. No quiero que se extienda y dañe a otros. Menos a promesas como tú. Anoche me robaron, de aquí, un documento. Se lo llevaron. Lo quiero de vuelta. Me dicen que tú estuviste a cargo de la vigilancia. ¿Qué pasó? Dime.

–Con todo respeto, señor presidente. Le informo que nadie entró a su despacho. Lo sostengo con mi vida y mi renuncia de inmediato.

–Cálmate, Luisito. Cálmate. Te creo. Puedes retirarte.

Al quedarse solo sintió una aguda punzada en la boca del estómago. Levantó el teléfono rojo. Del otro lado respondió el secretario del interior, López

–A la orden, presidente.

–¡Qué presidente ni que la chingada! Soy tu cuate, Luján. Vente, hay disturbios en el ejido.

Mario López Luján era un tipo fuera de lo común. Oriundo de la provincia costeña de Arrachas. Una de las entidades más hermosas de Paripaso. Doctor en derecho por la Sorbona de París. Toda su trayectoria la hizo ligada a los cuerpos de seguridad y en el poder legislativo. Conocía a delincuentes y políticos, que parecían lo mismo.

Malo a la vastedad, mejor dicho, proclive a eliminar al que se le pusiera enfrente. Ahora estaba enrumbado a la presidencia de su país. Claro, si su cuate le heredaba el trono.

En veinte minutos ya estaba en el despacho presidencial. Ahí estaba su amigo, el presidente compungido.

—Me robaron el acuerdo con los petroleros gringos, Mario. Se lo llevaron. Me quieren chantajear esos cabrones. No quieren el petróleo, ni el cobalto, ni el radio. Estos hijos de la chingada, quieren toda la península. Si la vendo qué caray. Pero con esto, se les acabó el negocio.

El rostro del secretario del interior estaba adusto, pensativo. Escuchaba a su amigo desahogarse. Pero no esperaba lo siguiente.

—Mira, Marito, hijo de la chingada. Sospecho que atrás de esta jalada estas tú. Y ese pinche desleal y carcamán de tu cuate Jorge Díaz, director comisario de la paraestatal Mina, Petróleo y Gases. Nunca lo he tragado, pero tú me lo enchalecaste muy a huevo. Ahora los dos quieren sacarme de los negocios y quitarme la presidencia. Pero óyelo, óyelo bien. Si libro ésta, me los chingo a los dos. Así que ya sabes.

—No, Luján, cálmate. No es por ahí, estás equivocado.

—Que Luján, ni que Luján. A partir de hoy soy el *señor presidente*. Y ahora lárgate a la chingada.

Dicho esto José Luján Perló, el *señor presidente*, empezó a buscar su arma letal. Tenía que responder la afrenta. Dice la conseja popular que en Paripaso la corrupción es parte de la cotidianidad y que al político no se le roba; él roba.

Así lo sentía en esos momentos el presidente Luján. Para sus entrañas acuña una frase que se repite a cada instante: «que no se burlen de ti, Pepe. Que no se burlen de ti». Y remachaba: «al presidente de este país no se le roba». Por eso buscará su venganza. Hizo una llamada. Alguien le responde: «Academia La Esmeralda, a sus órdenes». «Ocupo tus servicios, junior. Vete a mi casa. Espérame en la biblioteca».



A medio día José Luján Perló llegó a casa. Se alegró de ver a Lauro Aguilar. *Junior*, para él. Luján es el único que le llama así. Lauro Auilar es también un pintor de prestigio. Alumno de Diego Rivera, Siqueiros y otros. Es chef del Cordon Blue. Experto en Artes marciales. Y lo más difícil: encargado de asuntos mortuorios del señor presidente.

—Junior. Necesito que me recuperes un documento comprometedor que me robaron. Tengo tres sospechosos. Tu paisano, el secretario del interior. El director de la empresa Gringos Petroleum. Y un cabrón güero pelón que venía con él. También estuvo

en mi despacho ese que se dice doctor. Así como el vejete de Jorge Díaz, comisario petrolero de mi gobierno. Ya acalambé al secretario del interior. Sabe mucho de esto. Empezará a cometer pendejadas. Se cree muy listo. Este es *mi* asunto. *Tu* asunto. Tienes licencia para matar, junior. Quiero muchos muertos.

Lauro escuchó la orden presidencial: quiero muertos. Los necesarios. No te detengas. No dejes enfriar el gatillo. En eso estaban cuando sonó el teléfono de la residencia presidencial. Era Leobardo Castro, asistente personal del presidente Luján. Le soltó a bocajarro la noticia: «Mataron al capitán Luis Apon- te León. Un tirador solitario lo aniquiló al salir de Palacio. El Secretario de Defensa está insistiendo en verle. Quiere justicia. ¿Qué le digo?»

–En media hora voy a Palacio. Yo arreglo el asunto. Tran- quilo –le dijo al del otro lado de la línea telefónica–. Los demo- nios se soltaron, junior. Ya empezó la guerra. Así que a darle. Haz lo que debes de hacer. Por mi lado haré lo propio.

–Así se hará, señor presidente. En quince días nos volvere- mos a ver aquí, para entregarle su documento. Si se puede antes, antes.

–Así se hará. Por gastos no te preocupes.

Hubo un abrazo fuerte que ambos acusaron de un añejo afecto.

Lauro se puso a trabajar en serio. Por la tarde, antes de las siete, ya tenía una foto de los tres personajes que se reunieron con

Luján. Ahora está en el hotel Niko, en Reforma. Quiere datos. Quiere una hebra de donde jalar las trenzas óseas de la muerte.

Frente al conserje del hotel Nikko, Tomás Valdovinos, Lauro preguntó, mostrando la foto:

—¿Conoces a estos tipos?

—Sí, señor. Fueron nuestros huéspedes la semana pasada.

—¿Podrás darme sus datos, nombres, de dónde llegaron? Teléfonos. Qué comieron. Qué bebieron. Ocupo saber todo. Hasta cómo pagaron la cuenta.

—Lo siento, señor. Por normas y políticas de la empresa esa información es confidencial. No puedo. Discúlpeme.

—Otra vez te voy a preguntar, ¿puedes o no puedes darme esa información?

—No puedo, señor.

—Por tercera ocasión, ¿no puedes o no quieres?

—Ambas cosas, señor.

Tomás no esperó la reacción de Lauro, quien con una sola de sus manazas lo levantó en vilo. Le dio tres azotes. Le colocó a unos centímetros del ventilador del techo. Y otra vez le preguntó:

—¿Quieres seguir vivo? Si quieres, desembucha.

—El pelón era el doctor Kevin Kostich. Es director de seguridad de Gringos Petrolum. Al extremo derecho está Steven Kennedy, presidente del consorcio. A la izquierda el financiero Roberto Osuna.

»Los tres pagaron con tarjetas de crédito Visa. El doctor Kevin compró con su tarjeta personal del Banco Wells Fargo una guayabera de lino color blanca.

»Comieron los días de su estancia en el restaurant Mayestic. Los platillos fueron carne de Sonora en cortes de *te bone*, New York. Sólo el doctor Kevin prefirió dos días seguido salmón, a las finas yerbas, con goma de albaca y yerbabuena.

Junior indagó teléfonos de la empresa en Nueva York, Washington. En París y en México. Se enteró que eran atendidos por colaboradores cercanos de Jorge Díaz, director petrolero, y por el secretario particular del secretario del interior, Roberto Romanillas.

Ya con luces fosforescentes en su camino, y un bagaje dorado de información, Lauro se preparó para viajar al día siguiente a Nueva York. Pero antes debía, por necesidad, hacer una escala necesaria. La hizo a las diez de la noche.

Fue al domicilio de Romanillas. Ubicado en las Lomas del Pedregal, la vieja casona donde éste vivía en compañía de su novio. Un tipo al que había pasado a mejor vida, despescuezado por Lauro, y aventado al jardín de rosales y bugambilias.

Después de liquidarlo, Lauro se sentó a esperar a Romani-  
llas, que llegó cantando y llamando a su pareja.

–Ya llegué, amorcito. Yuju yujúuu, dónde estás.

Pero de sopetón se encontró a Lauro. Entonces le temblaron  
las corvas.

–¿Qué haces aquí, pinche asesino?

–Vengo a eso, a matarte. A que me sigas los pasos de tu  
amorcito. Pero antes quiero corroborar tres cosas. La primera:  
¿dónde está el documento? Segunda: ¿porqué mataron al capitán  
León? Tercera: ¿porqué Mario López traicionó al presidente?

–Mira, Lauro. Te conozco y sé que eres derecho. Y res-  
petuoso de tratos. Por eso Luján confía en ti. Si te contesto, ¿me  
dejas vivir?

–Claro, Romanillito. ¿Pa' cuándo somos los amigos?

–Mira, el documento lo tienen los gringos. No quieren pa-  
gar la concesión. Van a denunciar a Luján próximamente. Están  
a la espera de la sucesión presidencial. No habrá depósito. Se  
esperarán hasta el próximo gobierno. Obvio, será el de mi jefe. La  
segunda, matamos al capitán para mandarle un mensaje a Luján.  
Él no está involucrado. El robo del documento lo hizo el gringo  
pelón, apoyado por soldados sobornados por mi jefe. Tercera: las  
relaciones entre mi jefe y tu amo se rompieron por una mujer. Si  
eres tan chingón, investigalo.

–Claro que lo sabré, Romanillito –respondió Lauro al momento de dispararle dos tiros a la cabeza. Antes de abandonar la casa aventó el cuerpo al jardín.

«Todavía no conozca a un criminal que tenga palabra de honor–dice, a tono de despedida–. Menos yo».

En el avión de United 623 iba Lauro, hacia Nueva York, vía Atlanta. Salió a las cuatro de la mañana. En clase Premier. Estiró sus largas piernas. Sin querer soltó las riendas de los recuerdos. ¿En qué piensan los matones como él, los sicarios del mal? Quién sabe.

En tierra firme, en las calles de la gran metrópoli, capital de Paripaso, voceadores grandes y chicos cantan la noticia: «en pleito de gays muere alto funcionario de la Secretaría del Interior. Mata a su amante y después se pega dos tiros, léalo aquí, léalo en *Presencia*. El periódico que también calla. Y otra noticia. En las propias barbas del presidente matan a joven capitán. Léalo aquí, léalo. Este es el tamboreo de la noticia en las calles salvajes de un país que se descompone a causa de la violencia y la corrupción».

Esa era la corrupción que asfixia y crea hartazgo en la gente que la expresa como puede. Por ejemplo, en el programa noticioso de Pedro Perrín, quien se ahoga con tanta saña bucal atacando al presidente Luján. Recibía llamadas del público donde los ciudadanos acusan el número de muertos. Expresan sus dudas. Dicen que las muertes son la descomposición del poder. ¡Que se vaya Luján! ¡Que se vaya Luján al diablo! Es un programa que bufa, que cala. Que tiene la mayor audiencia en el país. En el 999.8 del cuadrante, en cadena internacional. Una empresa con origen de transmisión en el estado de Arrachas. Propiedad de

Porfirio Chimalhua, exiliado de Luján, pero resentido porque no ha podido mangonearlo.

Es esa radio la que al filo de las diez va escuchando el presidente.

—Síguele, síguele pinche reporterillo de poca monta. Cuando me hartes te voy a dejar hecho picadillo.

La Suburban negra, protegida por cuatro motociclistas adelante y otros cuatro atrás, blindada nivel cuatro, se dirigía a Palacio Nacional. Luján preside un evento de premiación a los ganadores del certamen de investigación sobre los beneficios del petróleo.

Sigue escuchando a Perrín. Levantó una ceja cuando se comentó de los muertos. El comentarista negó que fuera un crimen pasional. Acusa: «En ese doble crimen está la mano peluda del presidente». Al escuchar esto último Luján soltó la carcajada.

—A estos cabrones periodistas ningún Chile les embona —gritó. Luego, para sus adentros, reflexionaba: «ahí la llevas, junior. Ya te echaste a dos, ¿o a tres?»

En eso estaba cavilando cuando llegó al presidium. Al primero que vio con las manos extendidas fue al comisario petrolero Jorge Díaz, en seguida al secretario del interior, quien en corto le previno: «Cuídense, cabrones. Pocos días les quedan». Y Mario López: «¿porqué mataste a mi muchacho? ¿A mi Romanillito?»

El vocerrón del presidente retumbó en los oídos del secretario:

—Por puto.

# El Estado soy yo

¿QUIÉN ES LAURO? ¿CÓMO LLEGÓ a ser guardia de cuerpo de dos controvertidos presidentes de Paripaso? Les narró su arribo a Nueva York.

Lauro Aguilar sorteó con éxito la estación migratoria de Atlanta. Echó mano del viejo truco para que no le decomisen su pistola, que lleva guardada. Cuando sonó la alarma de inmediato entregó un manojito de llaves a la vista. Dio una gigantesca zancada.

Esta escala concluye con el abordaje final, en otro avión. En cuatro horas estaría en la Gran Manzana.

Otra vez zona VIP. Otra vez los recuerdos. Entre ellos los de su eterna amada, María Eugenia del Moral. Una preciosa mujer

de origen español. Hija del célebre compositor Juan Ángel del Moral, autor de «Allá en el Rancho Grande», y de «Zandunga».

De niños ambos fueron extras en la película *Allá en el Rancho Grande*. De ahí se juraron amor eterno. Un amor que se truncó en la década del sesenta cuando Lauro fue enviado a Israel a capacitarse en tareas de seguridad e inteligencia. Cuando retornó María Eugenia había contraído nupcias con un empresario de cine. Sin embargo, en un encuentro ocasional, otra vez se juraron amor. Y la consigna de Lauro: «Yo te esperaré». Quince años después, al enviudar María Eugenia, unieron sus vidas. Y los riesgos.

Lauro ganó la confianza de un caballero del gobierno: don Antonio Mena Garritz, fortalecedor de la Secretaría de Hacienda. En especial, la recaudación.

Con el beneplácito de don Antonio creó el grupo de treinta y dos agentes fiscales –con licencia para cobrar. Ó matar.

Los buenos resultados que dieron estos James Bond de Paripaso, les merecieron espacios cercanos a los sucesivos presidentes de la Republica. Lauro fue el jefe de escoltas de Luigi Chavarría. Un hombre popular y que ponía en riesgo la vida. Pero Lauro, lo salvaba todo el tiempo. Un día, en el estado norteño del Sahuaro, una turba de rijosos, compuesta por agitadores del campo y escuelas, pretendía linchar al mandatario. Por la parte trasera del autobús prendieron con antorcha los motores del ómnibus. Frente a la puerta de salida había fuerte presión: querían achicharrar a don Luigi y su comitiva.

Lauro actuó de inmediato. Con todas sus fuerzas agarró el manubrio de la puerta y le dio el jalón. Afuera se escucharon crujir de cuerpos. Ayes de dolor. El corolario fue aventarse de aguilita sobre la muchedumbre. Otra tragedia. A base de golpes hizo camino al andar, para sacar al presidente y alcanzar una patrulla que lo puso a salvo.

Ese día Chavarría supo de qué era capaz ese muchacho con perfil mulato.

En otro momento les contaré otro caso, el cual por cierto fue la causa de su cese como guarura principal de don Luigi.

Lauro estaba convertido en una máquina de matar a los cuarenta años de edad.

Al filo de las seis de la tarde ya estaba con el hotel Pennsylvania, donde se hospedó. En su gabardina llevaba su mortal Lugger, que quería acción.



–Jorgito, Jorgito. Respetable maestro –dijo el presidente José Luján Perló–. Te cité porque te quiero informar que la Contraloría Federal me reporta un desajuste financiero en tu ejercicio. Obvio, no te creo capaz. Eres un hombre honesto. Sin embargo, los diputados piden te investigue. Y soy –tú lo sabes– respetuoso del Poder Legislativo. Ellos te juzgarán. Pero no se te olvide: pese a tus traiciones, yo te apoyo. Buenos días.

Jorge Díaz apenas cruzó de salida la vieja puerta del despacho presidencial, que olía a maderas rancias, dijo para él: «Chingas a tu madre, pinche dinosaurio. Dices que el arcaico soy yo. Ya me llevó patas de cabra».

Y sí. Los diputados fieles al presidente, que eran mayoría calificada, le dieron cuello, sin juicio de procedencia. Mucho menos con alguna auditoria. El sucesor de Díaz fue un sobrino de Luján. Un empresario petrolero, Roberto Pérez Luján. Lo que significa que pusieron al perro a cuidar las longanizas. Refugiado en su extensa biblioteca, el presidente vengativo, al leer los diarios con la noticia del desafuero de Díaz, expresó con sorna: «el Estado soy yo, cabrones».

En Nueva York, con un gafete en el cuello de Gringos Petroleum, Lauro se introdujo, estilo subrepticio, a la oficina del director general Seven Kennedy, presidente del consorcio.

—Usted no es empleado de mi empresa —dijo sorprendido al verle—. ¿Qué hace aquí?

—Vengo a recoger un documento que usted y sus achichincles se trajeron por error de la oficina del presidente. Lo quiero ya.

La risotada de Seven.

—No sea ingenuo, míster desconocido. ¿Cómo se llama?

—No le importa mi nombre, *míster*. Yo sólo quiero el documento.

—No hay tal documento. Es ficción. Ese asunto ya está finiquitado. En diez días su presidente será destronado por mister López. Con él haremos los negocios. Business are business. ¿Okay?

No terminó la frase cuando ya lo tenía apretado del pescuezo.

—Okey, pero quiero saber quién tiene lo que busco.

Kennedy entendió de inmediato que Lauro no jugaba. Confesó:

—Lo tiene Kevin Kostich. Vive en Seattle. Tiene una galería. Ahí lo puede encontrar.

Lo soltó, para irse. La mazorca empezaba a soltar los primeros granitos maduros.

Y la muerte suelta sus primeros vahos.

Otra vez al avión. Ahora en Alaska Airlines. Un largo viaje, pero necesario. La adrenalina irradiaba su gigantesco cuerpo. Desde que subió a la nave se sumergió en sus sueños y fantasías. Volvieron sus recuerdos amargos. Como cuando fue cesado como jefe de escoltas del presidente Luigi Chavarría.

—¡Suéltalo, Lauro!; ¡Suéltalo!; Es una orden!

Al escucharla no le quedó más que obedecer. Soltó al tipo, ya no lo mató. Aunque no le faltaban motivos. Órdenes son órdenes. Se cumplen o se cumplen, aunque te lleve la fregada.

Lauro Aguilar siempre obedecía aunque la orden fuera injusta. Quien le ordenara, así fue con el presidente Luigi. Era una gira por Maderas, Chihuahua, cuando un joven burló la vigilancia del Estado Mayor Presidencial y se acercó al presidente empuñando una pistola calibre 22 para matarlo. No lo logró porque Lauro se dio cuenta. Olió al asesino. Era su astucia. Su deber. Tenía que cuidar la vida del amo. Y lo hizo como perro de caza. Cuando vio al joven con la pistola, lo sujetó por el cogote y lo desarmó. Cuando lo detuvo Lauro percibió los latidos de su corazón, acelerados. Sabía que iba a morir. Pero el presidente lo salvó. Eso encabronó a Lauro. El error de reclamarle le costó el trabajo. Al año fue rescatado por el nuevo presidente José Luján Perlo, que lo tiene en esos trabajos del diablo. ¿Qué sueña Lauro? Sueña con el retiro en un remanso de Paz. En la mítica California del Sur.

Lauro resiente el cansancio. Ha sido un vuelo largo, hacia Seattle, en el estado de Washington. Mas no se dobla. Va tras la presa que tiene lo que anda buscando. ¿Lo encontrará? Sigamos, para saberlo.

Llegó por la noche y se hospedó en el hotel Bolivia. Antes de cenar hizo una visita a su amigo Fausto Loredo, cónsul de Paripaso en esa ciudad. Con Loredo le unen varias hazañas. Las recuerdan. Después entran al tema:

—Busco a este sujeto. Es Kevin Kostich. Junto con estos otros dos, robaron un documento al presidente.

Loredo soltó la carcajada.

–Ay Lauro, te chamaquean fácil. Este no es Kevin. Se llama Igor Stabros. Es un pintor ruso. Trabaja con los petroleros gringos. Es su matón de cabecera, claro sin agraviarte.

–¿Dónde lo encuentro?

–Te llevo, vamos. Tiene su galería sobre el malecón.

Se encaminaron cruzando esa hermosa ciudad de luces y parques preciosos.

–Ahí está. Te dejo para que hagas lo que sabes hacer muy bien.

Lauro entró a la galería que estaba por cerrar. Pregunta por Igor. La directora le informó que el pintor había salido esa mañana a París. Dentro de tres días abriría una exposición en Champs Elysees. Una presentación de obra latina, patrocinada por Gringos Petroleum. Lauro quiso desplomarse. El tiempo se acorta. Le quedan sólo siete días para rescatar el documento.

Para atrás los Filders. Regresó al hotel. Otra vez a volar, rumbo a la Ciudad Luz. El cuerpo aguanta. Y matar al ladrón era necesidad. Una urgencia.

Llegó a París en la madrugada de dos días después. Se hospedó en Hotel Isabel, Best Western, por la calle Graham, a unos metros de Arch de Trump.

Descansó unas pocas horas y al mediodía ya estaba de pie en la galería con la Expo de obras de pintores famosos de Latinoamérica.

Preguntó por el organizador y un Ujier lo llevó hasta él.

De golpe Lauro atacó:

—¿Kevin? O debo decir, ¿Igor? ¿Cómo quieres que te llame, granuja?

El güero pelón soltó la risa.

—¿Lauro? ¿O Junior? Mastodonte de mierda. Sé tú historia desde que estuvimos en Israel. ¿Se te olvidó tan pronto? A mí no. De mí no sacarás nada. Ese documento que firmó el payaso de tu presidente, ya no existe. Es una ficción, pictórica y literaria. Olvídense de eso. Esta semana truena el escándalo y tu papaito presidente caerá. Llega Mario López, nuestro amigo y socio.

—¿Eso crees, ruso perverso? Ese documento yo lo encontraré.

Igor pretendió disparar, pero Lauro ganó el duelo. Ahí, en esa bodega en el centro del París de fantasía, el ruso pasó a mejor vida. De su cuerpo gigante destila sangre negra que se filtra hacia el drenaje.

Lauro se siente desprotegido de pistas. Tiene que empezar de nuevo. Le quedan cuatro días para el retorno a México.

Recorre con mucha paciencia la muestra de arte. Le llama la atención un cuadro al óleo, de 1.80 por 2.40. Es la imagen de un salmón salvaje volando sobre una cascada. Ímpetu, valor, destreza, libertad, todo esto encerraba su trabajo. Lauro lo descolgó y se lo llevó. Salió muy tranquilo a caminar por los Campos Elíseos.

En un descanso, revisó el cuadro. En un doble pliegue está el tan buscado documento. Lo comprueba. Y otra vez lo sella. Ahora sí, el retorno.



—Aquí está su documento, señor presidente. Intacto. A salvo.

—¿Qué quieres de recompensa?

—Mi libertad, señor presidente.

El mandatario arqueó una abultada ceja. Luego dijo:

—Concedida.

# Las jornadas del hambre

—SÓLO UNA FOTO, POR FAVOR.

Toda la noche esperó a su esposo Julián. De pie y recargada en la desvencijada puerta de la choza, oteaba la oscuridad. Nada.

Es Micaela Chávez. Dos años casada con Julián. Un martirio vivo, punzante. Sufrible. Un hombre alcohólico. En su cabeza el coro aconsejador de su madre: «No te cases. Es un borrachal. Te matará de hambre».

La profecía la escuchaba ya en el ruido de sus tripas que gruñían de hambre. Nada. El sol empezó a picarle los ojos. Nada, Julián no llegaba.

Es 1980 en Ciudad Esperanza. Un pueblo pobre, con gente jodida. Calles de muerte, de fétidos olores y piedras filosas. Un cerro, el de la misericordia. Calles sin finales. Sin salidas. Y en los hogares hacinamientos y promiscuidades.

Micaela estaba parada. Sus caderas rozaban la puerta. Sus guaraches «patas de gallo» permanecían enterrados en un polvo suelto, de caliche. Tenía las piernas acalambradas. Le dolían, le agujijoneaban los talones.

Por fin, con el sol alto, apareció Julián. Camisa desabrochada. La cámara Polaroid instantánea enredada en el pescuezo. Pantalones, sin fajar. Orinado. En su mano izquierda apretaba un pajarito de tela que les mostraba a los niños cuando tomaba la foto.

—Julián, mira a qué horas llegas. Me preocupé. Pensé que te había pasado algo. Tengo hambre Julián. No como desde ayer.

—Cállate, vieja jija de la chingada. Que comer ni que comer. ¡Aguántese como las machas! No traigo dinero. Todo me lo gasté. Mañana comes. Ahora déjame entrar. Traigo sueño. ¡Quítate mucho a la...!

—Julián. No puedo ya. Tengo hambre.

La pobre de Micaela imploraba. El hombre ya no le escuchaba. Un sueño fantasmal lo había poseído, llevándoselo muy lejos de esa realidad cotidiana.

Micaela le quitó los viejos tenis, y lo que en un tiempo fueron calcetines. Se le quedó mirando. Era el cuerpo inerte del hombre que hacía dos años la había enamorado.

En setecientos días Julián había engordado cuarenta kilos. Ganado una adicción progresiva. Y estaba a punto de matarla de hambre.

Después revisó la cámara. Quedaban tres placas. Lavó con jabón y estropajos el pajarito de tela. Se bañó. Escogió lo más *vestible* que le fuera permitido. Pintó chapetes en sus traqueteadas mejillas. Coloreó sus labios. Se tomó dos fotos. Una la guardó en el estuche de la cámara y la otra la aventó al camastro donde, entre sopores y ronquidos grotescos, Julián dormía.

Salió de la casucha. Atrás dejó una estela de miedos, de tristezas, de arrepentimientos. Pero sobre todo de hambre.

Después de una tortuosa caminata llegó al centro de la ciudad. Frente al almacén fotográfico donde vendían placas Polaroid se detuvo. Tomó la última foto.

Entró buscando al dueño.

—Mire su tienda —le dijo—, qué bonita se ve desde afuera. La foto es suya. Se la regalo.

—¿Cómo?

—Sí. Es suya, tómela.

El detalle agradó al hombre.

–Acépteme de obsequio –reaccionó– unas placas para su camarita, ándele.

Ya equipada, Micaela empezó a trabajar. Diez pesos la foto, con la frase «sólo una foto, por favor».

Seis de la tarde. Con ciento veinte pesos ganados ese día, Micaela retornó al hogar. Antes, en El Pollito Desplumado, compró dos órdenes. Y dos cocas.

Regresó con su bastimento de fe, al hogar. Un jacal sombrío. Puerta entreabierta. Al cruzar el umbral sintió un dolor agudo en el vientre.

Es un verduguillo que le clava Julián.

–Por puta y ladrona –dijo Julián, sacando de nuevo el verduguillo que clavó en su mujer.

Por allá rodaron los pedazos de pollo y los dos refrescos. Sobrevolándolos, una foto instantánea de Micaela se unió a ellos en el piso.

Agonizaba.

Julián simplemente tenía hambre.

# El cafecito

EN LAS CALLES DE 16 de Septiembre y General Desconocido, estaba ubicado un estanquillo donde se vendía el mejor café. Su dueño era Juan Malagamba. Un hombre que arrastraba una historia con matices de sorpresas, emociones y de bajas pasiones.

Vamos leyendo un trozo de ella.



–¡Salud! –dijo Ramón Xiraud, su jefe inmediato en el banco. Le extendió una copa.

–Bebamos por los éxitos del mejor banco.

Bebieron champaña. Tenía un sabor agradable, fresco, que se anidaba en la garganta e irradiaba ese sabor frutal inconfundible: Don Perignon.

Después de paladear aquel elixir de los dioses le contestó Juan a su jefe:

–Gracias, don Ramón, por su confianza, por su apoyo y por este bono que hoy me ha entregado, al término de este año de trabajo en este banco. Gracias de nuevo.

–No agradezcas Juan. Te lo mereces.

Al brindis se unió Rebeca, esposa de Juan. Un portento de mujer. Rubia, escultural y muy sensual.

–¿Porqué brindamos? –dijo al oído de Juan, su marido.

–Por ti. Por la Navidad. Por mi gerencia en Banpeso.

Rellenaron las copas. Y otra vez ¡salud!

Después del brindis vino la cena. Un menú compuesto de filete mignon con champiñones, crema de abulones. Ensalada a la caparrosa. Todo reforzado con vinos de la Casa Madero, cosecha de 1969. Antes del banquete, Xiraud, gerente regional de Banpeso, dijo su discurso:

–Gracias a ustedes Banpeso se colocó ya en el primer lugar en el noroeste del país. Eso tiene su premio. Hoy entrego una decena de centenarios a todos los ejecutivos. Por esto, nombro en

este momento a Rebeca Fernández como Gerente Regional en Chapalita. Una excelente plaza, para una extraordinaria mujer.

Cuando Juan escuchó el anuncio se le atragantó el pedazo de carne. No creía lo que oía.

—¿Mi esposa qué?

Volteó a ver a Rebeca. Ella, con la emoción cuajada en su hermoso rostro, no dejaba de sonreírle a quien había hecho el anuncio, el carismático Ramón Xiraud. Un banquero de prestigio en este país.

De pronto Rebeca, pensando que no la veía su esposo, lanzó un apasionado beso a Xiraud. Éste de inmediato le responde.

Juan ya no pudo cenar. Su platillo quedó casi completo. Los celos lo cegaron. Dolor de cabeza. Y por dentro, un agudo dolor en el alma.

Con nueve meses de casados, y compañeros muy cercanos durante cinco años, habían integrado un hogar que era la envidia de todos.

Al avanzar la fiesta empezó la música. Amenizaban los legendarios Freddy's. Juan se puso de pie y se dirigió a la mesa donde estaba su amada esposa. No avanzó mucho cuando Rebeca fue hacia la mesa de honor y sacó a bailar a su jefe Xiraud.

«¿Quién me la robó?» Cantaba el grupo. Y después «Déjenme llorar». En el centro de la pista Rebeca abrazaba fuerte a su bailador.

Juan salió del salón, con la música en los oídos que le taladraba el alma. Empezó a caminar. Cuando menos acordó ya iba conduciendo su coche hacia casa.

Durmió con dificultad. A las tres de la mañana llegó su esposa con signos etílicos y de haber tenido sexo.

–¡Qué grosero eres con Ramón –le regaña–. No te despediste.

–No creí necesario. Lo vi muy atendido por ti. Creo que después de la fiesta le diste su postre, ¿verdad?

–No quiero, Juan, caer en vulgaridades. Respeta mi integridad de mujer. No me ofendas. ¿Estamos?

Juan ya no respondió. Se sumergió en profundos sueños. O pesadillas. A las siete de la mañana despertó. Junto a la mesita de noche encontró un escueto mensaje: «Hasta nunca. Lo nuestro, murió. Te mando después documentos del divorcio. Me quedo con la casa y el carro. Adiós».

Una nube negra se deslizó por sus ojos. Creyó que era una broma. Pero no. A las ocho salió vestido con elegancia hacia el banco. El responsable de seguridad, no lo dejó entrar. Estaba despedido. El mismo agente le extendió un sobre cerrado. Era su finiquito.

Buena liquidación, ¿pero a qué costo? Tenía razón, Xiraud se había llevado toda su vida.



Ese 28 de diciembre, día de los inocentes, empezó el calvario de Juan. Para marzo del otro año llegó el mejor abogado de la comarca y lo desalojó de su casa. Embargaron también su coche. Comprando autoridades judiciales y con un cúmulo de chicanas, lo botaron a la calle. Y todavía no firmaba el divorcio.

Para junio recibe una oportunidad de empleo en la Secretaría de Hacienda. En el área fiscal. Cuando se enteró Xiraud, allá en Chapalita, lo corrieron. Y otra vez a la calle a patear botes.

Para el 24 de septiembre, cumpleaños de Rebeca, pretendieron casarse. Xiraud, veinte años mayor que Rebeca, había caído en sus redes de araña violinista. Ya le había robado su voluntad. Lo convenció de dejar a su esposa y a sus tres hijos, y su posición social, para casarse con ella.

Rebeca y Xiraud temían que Juan Malagamba se negara al divorcio, por tanta maldad y persecución que le habían aplicado. Pero extrañamente, pensaba distinto. Así se lo dijo al abogado.

—Dícales que el 24 ahí estaré para la firma. No pediré nada.

No hay plazo que no se cumpla. Llegó el día señalado. Ramón y Rebeca venían al divorcio. El avión de Aerocalisureña salió de Chapalita a las seis de la mañana. Habría una escala en Tres Ríos, la ciudad cañera.

A las siete y veinte minutos el capitán recibió la orden de elevarse otra vez y retornar a Chapalita. La espesa neblina no permitía la visibilidad necesaria.

Orden acatada. Sin embargo, el destino es burlón. Al elevar la nave golpeó con una antena instalada en el cerro. Ahí sobrevino la tragedia. Rebeca, la hermosa mujer quedó hecha ceniza. Ramón igual. Y otras sesenta y nueve vidas.



Cuando Juan se enteró sufrió un shock. La noticia fue como el estallido de una granada en su cabeza. Se refugió en la bebida después de eso. A finales de año le hicieron entrega, otra vez, de su casa, su carro, y una fortuna que acumuló Rebeca. Riqueza que dilapidó pronto. Fue a finales del 2005 cuando Alcohólicos Anónimos lo rescataron. Le ayudaron a instalar ese negocio que vendía rico café de grano.

—Aquí, yo, Juan Malagamba, me tomo mi rico café. Por hoy navego en mi sobriedad.

La taza de café tiene una leyenda que dice: «Quien pierde, paga».

Pásenle a su café.

# La muerte del general

MI MADRE FUE MALA. DEMASIADO. Hasta el día de su muerte, me trató con dureza. Yo la quise así. Nunca le retobé. Le aguanté todas sus villanías. Como aquella del dos de septiembre de 1950 que me aventó prácticamente de su coche a las puertas de la Escuela Primaria José Vasconcelos. “Bájate ya. Tu salón es el primero D. Y pobrecito que te pierdas. O llores”. Del aventón, aparte del dolor físico. Soy un niño con secuencias de poliomielitis. Me dolió el alma por el desprecio.

Arrastrando mis pies clavados con fierros, cargado por dos odiosas muletas, llegue a ese salón que nunca olvidaré. Al abrir la puerta veo decenas de alumnos. Unos deformes, otros mayores que yo. Sillas de ruedas cargando a niñas. Al centro un mesabanco libre. Me dirijo hacia él, sintiendo la mirada de quienes serán

a partir de este día mis compañeros. Me siento con dificultad y acomodo mis muletas en el piso.

Al levantar la vista la veo. Ahí observándome está ella. La maestra. Me sonrío y me pregunta en cascada.

–Soy la maestra Sofía de La Cruz, bienvenido.

–¿Nombre?

–Santiago Meraz.

–¿Edad?

–Ocho años

–¿Lugar de nacimiento?

–Pabellón de Arteaga, Aguascalientes.

–¿Padres?

–Mi padre es el general Bonifacio Meraz, Jefe de plaza de este lugar, digo con orgullo.

–Muy bien Chago ¿Chago? Es la primera vez que alguien me dice así. Chago, Chago, Chago, se replica el sonido suave de voz de la maestra. Una mujer hermosa; pelo largo. Ojos negros. Senos grandes y una pequeña cintura. El resto de su cuerpo lo cubre su uniforme azul que la tapa desde el pescuezo hasta los pies.

–Bien Chago, tu madre, ¿cómo se llama?

–No tengo madre, maestra.

–¿Cómo? Aquí tengo tus datos. Y la que te inscribió es la señora Edelmira Rubalcaba.

Me asfixio. Y no me queda más que aceptar que tengo madre.

–Aquí nada de mentiras, señorito. Y siéntese. Empezamos la clase.

No terminaba de sentarme cuando se posa sobre el mesa-banco una mano regordeta. Es de mi compañero de banca.

–Soy Simón. Ten. Es tuya. Abre la manaza y esta una chicharra adormilada. Parece una gigantesca mosca negra. Agárrala, no pica.

La clase siguió. Y a las dos suena la campana. Es hora de salida.

–Espérate Chago. Yo te ayudo con las muletas. Apóyate conmigo. Y ahí vamos. Simón tiene catorce años. Y me platica:

–He reprobado por cuatro años seguidos. No me enfado. Yo sé que algún día me aprobará la maestra.

No avanzamos más. Antes de llegar a la salida está mi madre platicando con mi maestra. Al acercarnos. Me grita: «¡Bestia huesuda y deforme!! ¡¿Por qué me negaste?!».

–Para que no se avergüence de mí madrecita.

Mi madre me quiere a su manera. Eso creo. Pero a veces me entra la duda. Frente a mi nuevo amigo Simón y mi maestra me pega en la cabeza con su paraguas. Me duele. Y creo que me escurre sangre. «¡¡Señora no le pegue a Santiago. No le pegue!!», clama Simón.

–Yo con este monstruo hago lo que me da la gana. Y no te metas, mastodonte de mierda, porque a ti también te toca.

Los golpes cesaron. Y mi madre jadeando como un toro, sube al coche. Y yo me acomodo como puedo en la parte trasera. Y desde lejos le digo adiós a Simón y a mi maestra.

Llegamos a la finca El Realito donde vivimos. Y a las tres en punto empieza el ritual de la comida. Mi padre el general de mil batallas en la revolución, viste un traje negro. Porta una corbata que fue de su padre que también fue general. A su lado su pistola. Una escuadra 45 chapeada en oro. Y las iniciales en diamantes: BM.

En el otro lado, tiene una sandía a corazón abierto, rojísimo. Come y come.

En su momento me mira. Y me pregunta: «¿Cómo te fue en tu primer día de clases?»

–Conocí a una maestra, muy linda. Y a un amigo muy alto.

–¿Eso es todo?

—No, mi madre se enoja, porque la negué.

—Ja, ja, ja ¡Qué poca madre tienes Santiago! No la niegues, es tu madre por siempre.

Mi padre es mayor que mamá. Ella tiene 30 y el 60. No comen juntos. Ella es bellísima. Y mi padre horrible, parece un bisonte.

Mi madre come en el jardín con sus amigas. No deja que me acerque. No me importa. Yo soy feliz comiendo con mi padre. Me cuenta historias.

Me gusta una, la de un general que fue su maestro de guerra, Don Celerino Rosales. Un buen hombre pero ignorante. Una noche llegó de una incursión en la sierra a la ciudad de Aguascalientes y se hospedó en los Cipreses, el hotel más fino. Al entrar a la suite se quedó maravillado. Pero no se sintió a gusto en las camas. Y salió a donde estaba amarrado su caballo y le quitó el sudadero y ahí se acostó. Pero no supo cómo apagar la luz, entonces le amarro la bota al foco. Y amaneció achicharrada.

Esas eran las anécdotas de mi padre. Un padre al que abrazaba con veneración y admiración. Y al que siempre le decía. «Pá, yo quiero ser general como tú». Y me miraba con ternura y respondía muy despacio: «Lo serás, Santiago».

Mi padre es así, cariñoso conmigo. No le importan mis deficiencias corporales. Y yo lo quiero. Y admiro.

Al segundo día de clases mi madre no me lleva. Me manda con el teniente Retamoza en un jeep del Ejército. Me siento

bien. Mis muletas en la parte trasera. Voy feliz. Llego al salón. Y ahí está Simón. Le alargo mi mano con el puño cerrado, cuando me extiende la suya la abro y se ve un escudito de oro. Tiene grabado el número 201, es un regalo que le hicieron a mi padre los oficiales del Escuadrón Aéreo. Se lo robé. Y ahora es de Simón.

Es tuyo. Consérvalo siempre, nunca lo pierdas. Los ojos del gigantón se mojaron. Y se guardó el regalo. Y la clase transcurre. Empezamos con las vocales. Y caligrafía.

Observo de reojo a Simón. No hace nada. No raya el cuaderno. No presta atención. Su mirada está desbalagada. Ido, perdido. Y así hasta las dos.

Salimos platicando. Y no me quedo con las ganas. Y le preguntó: «¿Qué pasa, qué te pasa?».

«Me salgo de la escuela el viernes. Despidieron a mi padre del Ferrocarril. Mi madre está enferma. No tenemos dinero para comer. Estoy triste».

Un escalofrío me recorre el cuerpo. Me duelen las palabras. Me despido así, con melancolía.

Afuera está el carro de mi madre. Un Desoto de lujo. Es color azul. Me ve con desprecio y me indica que me acomode atrás. Todo el trayecto callada, al llegar rompe el silencio para advertirme: «Si te sigues juntando con ese animal, mandaré que le pongan una buena chinga».

No le contesto. Me bajo del coche y me cambio para la comida con mi padre.

El mismo escenario. Ahora en lugar de roja sandía tiene una charola de brevas. Se ven ricas. Después de la bendición de los alimentos. Me pregunta: «¿Cómo te fue?».

—Mal. Mi amigo Simón se sale de la escuela. Su familia no tiene para los alimentos. Su madre enferma y a su padre lo despidieron.

Mi padre escucha. Y después de engullir un bague bigotón. Me dice: «Dile a tu amigo que me busque en el cuartel. Ocupo quien limpie mis botas. Y quien limpie el jardín de esta casa».

—¿Qué edad dices que tiene?

—Catorce, pá.

—Ya tiene buena edad para esos menesteres. La única condición es que no se salga de la escuela. Que trabaje por la tarde.

La nobleza del general se manifestó en abundancia. No solo le dio trabajo a Simón, sino que mandó arrestar a los dueños de la estación ferrocarrilera que despidieron a su padre. Y de pilón metió a su madre al hospital militar sin costo.

Este era el poder de mi padre. Un hombre exageradamente feo.



El tiempo, juguetón como es, siguió sus protocolos, pase y pase. Simón, mi amigo a sus catorce años vestía ya el uniforme militar. Mi padre lo avitualló de todo. Ya no anduvo descalzo, sino con botas. Y era el encargado de bolear el calzado del General. Y además limpiar los sanitarios. Y prepararle el té a mi padre a las seis de la tarde.

Del cuartel al Realito. Y una tarde se armó la pelotera en casa. Mi madre lo había visto en los extensos jardines. Y le grita: «¡Qué hace este animal en mi jardín. Guardias azótenlo. Y si lo matan, mejor!».

Los soldados que cuidaban a mi madre entre ellos el teniente Retamoza se le echaron encima a Simón. Y al darle el primer golpe y a punto de matarlo se escucha un vocerrón que retumba toda la finca: «El que toque a Simón, se lo lleva la chingada. Y entiéndanlo de una vez. Simón es mi jardinero. Y respétenlo. Y esto también es para ti Edelmira. No me colmes el plato». Y santo remedio. Todo en paz.

Concluyó el ciclo escolar. Simón después de cuatro años en primaria, pasó a segundo año. Empezamos a leer. Y a escribir. Y cuando había tiempo Simón me enseñaba a podar los rosales. A injertarlos. A cuidar las bugambilias. Y a sembrar claveles y todo lo de jardinería. Todo era feliz. Hasta que llegó la tragedia a mi vida.

Otra vez llegó el dos de septiembre. Y otra vez a clases. Al segundo año. Listo en la cochera esperando a mi madre, que me lleve. Pasan las ocho, las nueve y nada. Mi padre en el cuartel. No llega tampoco. El teniente Retamoza no está. La desesperación

me lleva por el extenso pasillo de esa casona de cantera. La más bonita de Aguascalientes. Arrastrándome con mis muletas y mis pies embarullados llego a la recámara de mi madre. Y lo que veo me da miedo y asco. Mi madre asesinada. Destazada, sangre por todos lados. A su lado, desnudó, el cuerpo del teniente Retamoza. Ese lugar huele a muerte. Lo demás fue fatídico.

Mi padre deshecho por este crimen y traición, con los haberes de su jubilación paga grandes cantidades de dinero a detectives. Clama al gobierno de Adolfo López Mateos que le ayuden a encontrar a los asesinos de mi madre. Nadie supo. Nadie vio nada. Una sola pista no había.

Contrata al detective Ramón Elizondo tercero. Un general retirado. Un hombre misterioso. Su pasado se remonta a Fronteras Tabasco. Elizondo empieza a revolotear todo. Desde la servidumbre, hasta los familiares del teniente Retamoza. Y nada. No hay un solo indicio. Revisan toda la casa. El carro de mi madre

—¡¡¡Carajo!!! no hay nada. Exclama Elizondo encolerizado, herido en su ego.

Este detective logró la captura de todos los asaltantes del tren de valores de la Sedena en 1948 y en el 49 atrapó a los asesinos del presidente del Banco Comonfort. Javier González Corralejo.

No es posible que no encuentre nada de este mendigo asesinato de esta pinche vieja puta.

Nada de nada. Pasan los días. Los meses, nada.

Y pasa lo que tenía que pasar. La muerte de mi madre, fue un crimen sin resolver.

Nos cambiamos de casa. Y el dolor en mi y en él no cesó nunca. Antes de que se cumpliera un año de la muerte de mi madre, mi padre se dio un balazo. En su biblioteca. Se fue un gran hombre.

Un fideicomiso del Banco Central se hizo cargo de mis estudios y manutención.

Seguí estudiando. Simón se entrampó en quinto año. Ahí duro tres años. Pasó a sexto año. Se mantiene administrando una cadena de viveros en todo Aguascalientes.

Yo estudié en California ingeniería en sistemas con especialidad en aeronáutica. En 1977 me escogieron para vender a varios países flotillas de aviones F5.

Un amigo de mi padre, el general Ramón Mestre me acercó al Ejército Mexicano donde ahora soy capitán. Sí, así con mis pies débiles.

Y este día que empecé a escribir estos apuntes personales espero a mi gran amigo Simón. Ya estamos viejos pero la amistad persevera.

–Hola Simón, ¿cómo has estado?

–Bien Chago. Y tú, ¿también?

–Sí. Mira Simón, te traigo un regalo que te gustará. Abro mi mano y dejó caer un escudito de oro. Tiene grabado el número 201.

El rostro de este hombre, casi un gigante, se descompone. Y de esos ojos avispados sale una lágrima. Y una confesión.

– Esa mujer. No merecía vivir. Era mala. E infiel.

# Don Gato

LOS POBRES VIVIMOS DE MITOS, y creer en fantasmas es algo común. Y siempre pensamos en ellos en blanco. Y flotando. Yo conocí uno diferente negro y nadando.

Eran los años setenta y cacho, mi vida iniciaba en una familia feliz. Y un pueblo maravilloso, era mi casa Puerto San Carlos que apenas nacía. Tenía yo tenía solo doce años. El despertar a todas las cosas, entre ellas la amistad.

Éramos inseparables Samuel, Esteban, y yo: Heriberto. Nos comíamos a puños las madrugadas y los atardeceres de ese lugar. Una tríada inquieta. Pícara, exploradora. Hijos de pioneros de ese lugar. Mi padre, albañil. Construía las casas de capitanía, la familia de Samuel era la dueña del único restaurante. Y Esteban era hijo del policía del lugar.

A las 6:00 en punto salíamos corriendo de nuestros jacales de palma y vigas, de palo fierro y nos enrumbábamos al puerto. No había controles como hoy. Un puerto libre para todo y todos.

Había si, inundando el ambiente un aroma de agua viva de sargazos, de ruidos de motores, de misterios. Olores de vida, de aventuras y de ilusiones.

Una plataforma gigante, pilastras donde se amarraban los gigantescos barcos provenientes de Grecia, Rusia, China y de muchos países mas que se llevaban el oro blanco, pacas de algodón producido en el Valle de Santo Domingo y también el trigo, el cártamo. Era la salida de voluminosas riquezas.

Y ahí, en la parte sur del muelle empezábamos la faena. Tres adolescentes, tres pescadores en ciernes. Seis manos en movimiento. Primero el lance del curricán. Pescar, es atracción fatal. Orgásmica. Indescifrable.

Y regresa el anzuelo con pequeños peces llamados aguijones, carnada para la corvinas que abren sus bocazas para devorarlos sin saber que al hacerlo son presas de esos tres pescadores que van acumulando sus trofeos que en un par de horas, serán el plato fuerte del desayuno, sus familias.

En la sexta corvina pescada, pasó algo que nos dejó fríos. El mar se ennegreció, frente a nosotros era una mancha negra en movimiento. Los peces pequeños asustados y las corvinas, salían del agua en saltos intempestivos. Me entró un escalofrío y las manos y pies me temblaban.

–Es el fantasma del mar– dijo Samuel. Y Esteban lo secundó. Es el guardián del puerto. Y es un monstruo de siete cabezas. Se aparece solo cuando hay luna llena.

Yo no escuchaba. Solo seguía observando esa cosa que se desplazaba bajo el agua y que al llegar al séptimo pilastrón, se me perdió de vista.

Ya no pescamos. Nos fuimos a casa y ya no fueron igual mis días de pesca, después de ese día. La aparición del fantasma del mar me quitó la alegría. En varias ocasiones más, lo vi. Y sentía el mismo pavor.

–Ya no voy a pescar. Le dije a Samuel. ¿Y eso? Tengo miedo. No quiero que ese fantasma me devore.

–No pasa nada Heriberto. Mira vamos por último este sábado y el lunes nos cambiamos al puente. Allá caen pargos y cochitos. Y en los mangles sacamos pata de mula.

–Sale pues.

Y ahí estamos otra vez en el muelle. Y ahí viene el méndigo fantasma. A diferencia de otros días, hoy viene derecho a nosotros. Y de pronto sale del agua el monstruo. Era algo espeluznante. Una masa café. La cabeza horrible, colmillos puntiagudos. Antes de correr caigo de espaldas en un montón de mecates. Y me levanto para unirme a la estampida de mis amigos.

¿Lo viste?, me pregunta Esteban. Sí. Es el diablo del mar. Responde también Samuel.

Esa noche ya no pude dormir. Le pedí un campito a mi padre en su cama. Y lo abracé para quitarme el miedo. En la mañana antes de desayunar mi padre me pregunta, ¿qué tienes?. Cuéntame. ¿qué te pasa?. Vi al diablo del mar ayer. Es una cosa horrible.

—¿Dónde lo viste? En el muelle a ver —Describémelo—. Y le doy las características del monstruo. No termino de hablar cuando mi padre suelta una sonora carcajada. Y grita a todo pulmón. Es don Gatooooo. Es don Gatooooo.

—¿Y quién es don Gato?. Me explica: mira no te asustes ya. Eso que viste es un mero gigante. Vive en unas cuevas que están bajo el muelle. Yo lo conocí cuando trabajé en la construcción del puerto. Esa es su morada. Sale de vez en cuando. Y tiene como siete años de vida.

Me tranquilicé. Y en cuanto pude fui a darles la noticia a mis amigos y reanudamos la pesca en ese muelle y las apariciones de Don Gato las festejamos con agrado. ¡Hey don gato!, le saludábamos con respeto y con cariño.

Todo lo que gozamos queremos y amábamos acaba. Un lunes 16 de agosto de 1975 por la mañana, esos tres chiquillos lloramos y ofrendamos nuestras lágrimas a Don Gato. Fue arponeado por Juan Mosqueda del Club de Tiro Pesca y Caza Las Palomas de Villa Constitución en un torneo del mero más grande.

Lo sacaron con una grúa de Los Quijano y lo subieron a un camión negro de redilas, de las que nos colgamos los tres y condenando a cada minuto, al asesino de don Gato.

El puerto: su muelle, San Carlos. La pesca y nosotros ya no fuimos los mismos.

## Tan enamorados

ÉL LA TOMÓ DE LA mano. Se la apretó, con pasión. Al principio demasiado, fuerte. Después como una caricia... Se la fue soltando poco a poco, a la vez que le depositó una mirada en los preciosos ojos verdes aceitunados. Agarró aire y le soltó una frase contundente: «Tengo leucemia. Voy a morir muy pronto». Ella toma su mano, se la acaricia lenta, amorosamente lenta. A la vez que lo mira con los ojos empapados. De sus labios se emite algo parecido a una pregunta, «¿Porqué a ti? ¿Porqué a nosotros? ¿Porqué a nuestras vidas?». «No sé, amor. La vida se me acaba». Un beso, la despedida. Ella era maestra. Él, cantante. Novios desde niños. Amantes, hoy. Almas unidas desde siempre. Un abrazo fuerte, fuerte. Caricias, palabras en el oído. «Te amaré siempre a través de la vida», le dijo ella. «Serás mi amor eterno», agregó él. Se soltaron y se hizo un gran vacío.

Así son los adioses.

El tiempo pasó. Y sobre todas las cosas, el show debía continuar. Un día de ese mismo mes, el estadio estaba lleno. En el centro, sentado con su guitarra al lado, su orquesta, Los Hermanos Arce cantando sus éxitos. Enrique goza la noche llorando por dentro, mirando de vez en cuando a su amada que se mezcla entre la muchedumbre. ¡Otra, otra, otra!, grita el público anónimo. Ellos complacen.

—¡Voy a cantar para ustedes! Para mi amor, aquí presente. Para todos. Con la siguiente canción, mi canción, la nuestra, me despido.

Tras un ¡nooo! rotundo, empieza a tocar, con esa misma mano, la del apretón de la despedida, a darle forma a esa feria de sonidos, rasgando su guitarra. Para esto tenía el acompañamiento magistral de su célebre orquesta. «Tan enamorado de ti, tan enamoraadooo». De pronto de su traje blanco, pulcro saca una daga y se la clava en el corazón. La orquesta y los coros siguieron: «Amor, lo nuestro es como es, tan enamoraadooos». En el fondo del estadio, una mujer, Susana, aprieta con esa misma mano, la de la despedida, un póster de su cantante favorito. Lloraba, dirigiéndose a donde estaba el cuerpo de su amado. «Y te haré compañía, más allá de la vida... Taaanemoraados».

## Ojos de Jade

ODIO VOLAR. NO ME GUSTA. Siento que me muero cuando el avión cruza los cielos azules y las nubes regordetas; cúmulos-nimbus. Pero mi destino está marcado, tengo que volar. Soy Juan Fernández Horcasitas ingeniero civil. Hoy, este cabalístico viernes trece salí de Huatulco hacia el DF. Laboré en Pavimentos del Centro. Mis jefes me llamaron a que rinda cuentas de la obra que estamos haciendo en el aeropuerto. Voy de mala gana. Me repatea subir al avión. Pero ahí voy. Pero parece que este sacrificio tiene su recompensa. Me siento en clase premier. El trece, otra vez ¡Maldita suerte! Y desde mi asiento ubico un tesoro vivo. Una azafata hermosísima. Blanca como la nieve, cuerpo escultural. Y sus ojos. Esos ojos color Jade. La sonrisa más sensual. Me mira y parece que me electriza. «Hola», le digo sin voz, solo con el movimiento de labios. «Hola», me contesta. Me engancho en esa espiral de fantasías. Me gusta este momento.

El tiempo corre y el avión despegar. Mis miedos empiezan a laborar. Escucho ruidos, son tronidos. Creo que algo falla, abajo en los fuselajes. Pero no, es la imaginación.

A los quince minutos otra vez la veo. Ahí está otra vez esa mujer con esos ojos de sueños. Me extiende el menú para el almuerzo.

–Ordene, caballero. ¿qué desea?– «A usted», quisiera decirle. Pero no puedo. La prudencia recorre el seguro del respeto.

–Quiero primero que me diga su nombre. Y después me sirve un filete de salmón, a las Yervas santas.

–Me llamo, Okeido Amaranto, y con gusto le traigo lo que pidió, pero disculpe, para que quiso saber mi nombre?

–Porque no puedo enamorarme de desconocidas. Le solté de una vez, la intención.

Sentí que se emocionó como yo. De su rostro angelical observe un ligero rubor

–Jaja –ríe y muestra sus bellos dientes, amarfilados. Y antes de irse me dice. –Hace bien. El amor no nace, entre desconocidos.

Después regresa con mi plato, y una copa de vino rosado. Por el sabor creo que es de casa Madero cosecha del 79.

Me vale si es o no es. Yo solo tengo ojos para esa mujer de ojos divinos. Y voz de artista de telenovela.

Disfruto mi salmón y vino. Y la tranquilidad del viaje me da confianza. Hasta disfruto. Los miedos han quedado atrás. Me relajo. Estiró los pies. Siento que este día trece no es para mí de mala suerte.

De pronto siento ruidos en la cabina. Un ruido débil, de un altoparlante se escuchan chillidos. Y también como que hay forcejeos. Otra vez ruidos y se clarifica una voz: «Señores pasajeros, les habla el capitán Osorno Collado. Les pido calma. Y cooperación. Estamos atravesando por un momento difícil en la nave. No es de alarmarse. El sistema hidráulico ha sufrido un desperfecto. Hacemos todo lo necesario para mantener el avión en vuelo. Abróchense sus cinturones. Y no se preocupen todo está bajo control».

«Ay, mamita linda ¿Qué pasa? Ya sabía que tanta belleza no puede llegar de golpe». No terminaba de decir eso, cuando el avión da un bajón de golpe. Y otro más. Y otro. Y los pasajeros empiezan a gritar. Los niños lloran. Un viejecito al lado mío se desmaya. El avión ya está sin control. Da vueltas. El pánico se apodera de todos. Truenan cosas. Y el cielo se pierde y el suelo cada vez más cerca. Y la caída. El avión se desliza por un maizal. Y el golpe en seco “puf”. Me morí. Eso creía, pero no. Ahí estaba vivo en una acequia. Enfrente de mí estaba el avión. Bueno lo que quedaba de él. Y adentro cuerpos mutilados. Niños colgando de láminas multicolores. Bolsas para agarrar aire desamarradas y ese olor a muerte se introdujeron en mi cuerpo. Un espeso humo negro se deslizaba por ese entorno dantesco.

Nadie más había sobrevivido. Ni la azafata con ojos color de jade. Ella estaba tirada en el pastizal. Sus ojos se habían cerrado.

Quiero morirme. No merezco este destino.

—Señor, señor, señor. Despierte por favor y tenga esta servilleta, límpiese se le cayó el salmón. Y la copa de vino. Se durmió desde que le serví.

¡Maldita, suerte. Este día no es el mío!



*Zarzo de cuentos al ROJO vivo*

Se terminó de imprimir en julio de 2018 por Formas e Imágenes, S.A. de C.V., Av. Universidad 1953 Col. Copilco el Bajo, Deleg. Coyoacán, 04340, Ciudad de México sobre papel Cultural de 90g y forros en cartulina Couché de 300g con las familias tipográficas Adobe Caslon Pro y Helvetica Neue. Tipografía y formación: Formas e Imágenes, S.A. de C.V. [formaseimagenes@gmail.com](mailto:formaseimagenes@gmail.com).

Tiraje: 500 ejemplares

